

Universidad de Belgrano
Facultad de Humanidades
Licenciatura en Psicología



La conducta de apego en personas de tercera cultura

Trabajo Final de Carrera

Alumna/o: Martínez Delfina

Matrícula: 000-16-6807

ID: 000-16-6807

Tutor: Lic. Agnese Ronchi Salamea

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Delfina', is written in a cursive style.

Índice

Índice	2
Agradecimientos	3
Resumen	4
Introducción	5
Presentación de la temática.....	5
Problema y pregunta de investigación.....	6
Relevancia de la temática.....	7
Objetivos generales y específicos.....	8
Objetivo general.....	8
Objetivos específicos.....	8
Alcances y límites	8
Estructura del escrito	9
1. Antecedentes, estado del arte y marco teórico	11
Antecedentes.....	11
Estado del arte.....	13
Marco teórico.....	15
2. Desarrollo metodológico	21
Procedimiento.....	21
3. Resultados de la búsqueda	22
3.1 Estilos de apego en niños de tercera cultura	22
3.1.1 El rol de la dinámica familiar en el desarrollo del apego	22
3.1.2 El apego en niños de tercera cultura	24
3.2 El apego ante una vida de alta movilidad	25
3.2.1 La alta movilidad como rasgo determinante del estilo de vida	25
3.2.2 La alta movilidad, las pérdidas y el apego	27
4. Discusión:	32
Líneas futuras de investigación: Pensando abordajes terapéuticos desde el modelo integrativo.....	32
5. Conclusiones	37
6. Referencias bibliográficas	38

Agradecimientos

A mi mamá y a mi papá, porque en un mundo de cambios y mudanzas, nunca trastabilló el amor, el apoyo y el sostén que siempre me dieron. Incluso a la distancia, los tengo siempre cerca.

A mis hermanas, porque nunca hice ningún camino sola y siempre estuvieron a mi lado. Estando los cinco juntos, no me da miedo explorar el mundo.

A Agnese, por ser la mejor tutora que podría haber pedido, siempre atenta, cuidadosa, y pendiente a mis miles de preguntas, cambios y comentarios. Gracias por alentarme y acompañarme en este proceso, y por hacer de mi tesina el mejor proyecto que podría ser.

A Jaz, que sin interés en Psicología, me tomó examen de tantas materias antes de rendir, y que me motivó a sentarme y trabajar en esta tesina contra cualquier excusa imaginativa posible. Estudiar se hace mucho más ameno en nuestras tardes de café y risas.

Al Equipo de Investigación en Psicología Clínica, por darme la bienvenida con los brazos abiertos y fomentar siempre el interés y la vocación por la investigación.

A mis amigas, ahora colegas, con quienes atravesamos trabajos prácticos, clases, exámenes, y muchas noches de pánico antes de rendir. No hay nadie más con quien querría compartir este camino.

A Agus y Cami, que me guiaron con sus experiencias, y que siempre se tomaron el tiempo de calmarme y apoyarme en cada momento de miedo y duda.

Y finalmente, gracias a la Universidad de Belgrano, por darme las herramientas para explorar esta vocación, de a momentos difícil, pero siempre gratificante.

La conducta de apego en personas de tercera cultura

Resumen

La presente tesina indaga sobre el psiquismo de los niños de tercera cultura, entendiendo a los mismos como aquellas personas de cualquier rango etario que hayan atravesado migraciones internacionales durante su niñez o adolescencia. El objetivo general radica en revisar la literatura científico académica vinculada al estilo de apego en niños de tercera cultura, evaluando la relación entre el estilo de vida de alta movilidad y la forma resultante de relacionarse interpersonalmente, evidenciado en el tipo de apego que desarrollan. El trabajo se basa en una revisión bibliográfica a partir de la recopilación de artículos científicos y libros de psicología y sociología, con un énfasis en los escritos de John Bowlby sobre la teoría del apego. A partir de los resultados de la revisión, se discuten implicancias para la psicoterapia integrativa, con foco en los aportes del modelo desarrollado por Fernández Álvarez, aplicable a esta población de pacientes.

Palabras claves: psiquismo, niños de tercera cultura, tipos de apego, modelo integrativo.

Introducción

Presentación de la temática

El presente trabajo busca realizar una revisión bibliográfica que indague sobre las consecuencias en el psiquismo de los niños de tercera cultura, con un énfasis en la conducta de apego de los mismos. Se llama “niños de tercera cultura” (TCKs, por sus siglas en inglés, Third Culture Kids) a aquellos sujetos cuya infancia o adolescencia se vio atravesada por la migración familiar hacia una sociedad distinta a la de pertenencia. Se trata de un término acuñado a principios de la década de 1960 por Hill Useem para describir a las personas que experimentaron un estilo de vida de alta movilidad y una educación intercultural en sus años de desarrollo (Lijadi & Schalkwyk, 2017). En el nuevo país de residencia, y en interacción con los nuevos valores, normas y costumbres de la sociedad a la que se arriba, se crea una “tercera cultura” caracterizada por estilos de vida creados, compartidos y aprendidos por personas en proceso de adaptación a nuevas sociedades (Hill Useem & Baker Cottrell, 1996). Al hablar de niños de tercera cultura, entonces, no se hace referencia a un grupo perteneciente a determinado rango etario, sino a aquellos cuya infancia o adolescencia fue marcada por dichos movimientos. Es decir que, en la tesina, la población a analizar son adultos jóvenes cuyas niñeces o adolescencias estuvieron caracterizadas por traslados internacionales.

Tanto la infancia como la adolescencia son períodos de importante desarrollo para los individuos. Estas transiciones no sólo conciernen a los cambios biológicos y sociales que ocurren durante los años formativos, sino también a la manera en que se constituye progresivamente el psiquismo de los jóvenes. Se trata de periodos marcados por aprendizaje, cambio y reorganización en todas sus dimensiones, cuyos efectos pueden llevar a transformaciones en las representaciones de apego, al momento de reevaluar la propia experiencia temprana en el curso del desarrollo de la identidad (Zimmerman & Becker-Stoll, 2002). Es durante estos años de desarrollo que los individuos consolidan su sentimiento de pertenencia e identidad, a medida que aprenden a entender el mundo que los rodea y cómo desenvolverse en él. Sin embargo, cuando hay información divergente sobre el ambiente y el contexto circundante, pueden presentarse dificultades en la composición de una identidad cultural sólida (Hoersting, 2009). Es por esto que, al hablar de niños de tercera cultura, las diversas transiciones generadas por los traslados internacionales implican alteraciones de gran índole en momentos ya caracterizados por la amplia gama de transformaciones que deben ser procesadas. Para estos sujetos, el lugar al que llaman hogar se ve recreado repetidamente con cada mudanza. Así, deben reaprender en cada migración una nueva forma de comportarse, normas a seguir, valores a respetar, e incluso lenguajes con los que comunicarse con sus pares. A medida que crecen, los niños de tercera cultura interiorizan rasgos tanto de la cultura de origen como de la cultura de acogida, construyendo una nueva identidad cultural que refleja la falta de sentimiento de pertenencia a una única cultura (Bonebright, 2010).

Es por esto que cabe preguntarse las consecuencias del patrón de pérdidas atravesado ante los cambios de ambiente y el extravío de vínculos que se da en el camino. Para ello, es pertinente entender que la conducta de apego es una manifestación de conducta instintiva desarrollada por diversos mamíferos, cuya finalidad es la búsqueda de protección y la posibilidad de explorar el mundo de manera segura (Bowlby, 1986). A pesar de que este comportamiento suele ser estudiado en relación al vínculo entre bebé y madre, el apego “se muestra especialmente intenso durante la niñez, cuando está dirigido hacia figuras parentales, pero continúa activo durante la vida adulta” (Bowlby, 1986, p.111). De esta manera, la forma de relacionarse con los principales cuidadores en los primeros tiempos de vida tiene un efecto sobre la posterior construcción de vínculos en la adolescencia y la adultez, momentos en que el apego ya “no está limitado a una sola figura” (Bowlby, 1986, p.67). Resulta imprescindible tomar en cuenta los efectos de la pérdida y la separación de figuras de apego, puesto que cuando el niño es separado de una figura de apego, o colocado en un ambiente extraño, toma lugar una sensación de zozobra y angustia intensa (Bowlby, 1985).

Ante este padecimiento, resulta imprescindible considerar la necesidad de abordajes terapéuticos que provean intervenciones posibles para el tratamiento de dicha problemática. En la actualidad, existe una creciente tendencia a la formulación de modelos integrativos en la psicoterapia, con el propósito de articular aportes y ventajas de cada uno de los principales modelos psicológicos, en pos de potenciar los resultados positivos en la clínica (Fernández Álvarez, 1992). De esta manera, el modelo integrativo propone un nuevo objetivo de la psicoterapia moderna, haciendo énfasis en la promoción de cambios que impulse una mejora en la calidad de vida de los individuos (Fernández Álvarez, 2011). El abordaje psicoterapéutico desde un modelo integrativo plantea la existencia de factores inespecíficos que están presentes en todo proceso terapéutico, más allá de su marco teórico, tal como la alianza terapéutica entre paciente y profesional. Desde este modelo, puede pensarse una posible intervención que tenga en cuenta la multidimensionalidad del sujeto desde una mirada más abarcativa, en especial en casos de complejidad como se ve en niños de tercera cultura, donde el trabajo terapéutico debe indagar las distintas aristas de las repercusiones en el psiquismo de esta población.

Problema y pregunta de investigación

Teniendo en consideración el gran trabajo de metabolización de cambios constantes que se da en los años formativos de la infancia y la adolescencia, así como el impacto de las pérdidas para la conducta de apego, el presente trabajo se propone investigar la relación entre estas dos variables. Es decir, se busca indagar sobre los tipos de apego desarrollados por niños de tercera cultura que llevan un estilo de vida de alta movilidad. Así, la tesina pretende explorar la manera en que los estilos de vida marcados por el cambio constante y la repetida pérdida de vínculos interpersonales se relacionan con alteraciones sobre el psiquismo de estos individuos una vez que son adultos, especialmente sobre los tipos de apego que desarrollan y

la manera en la que aprenden a relacionarse con otros individuos. A partir de una revisión bibliográfica, la tesina discute los potenciales aportes del modelo integrativo en la comprensión e intervención de la situación descrita.

La región de América Latina es reconocida por la presencia de importantes flujos migratorios, que continúan su incremento progresivo y constante, acrecentando en consecuencia la población de niños de tercera cultura de manera global. Sin embargo, esta temática continúa siendo relativamente poco investigada por fuera de los Estados Unidos, y la mayor parte de dichos estudios se enfocan exclusivamente en tópicos como la construcción de identidad o el retorno al país de origen.

De acuerdo a Schaetti y Ramsey (1999), existen cuatro grandes rasgos característicos de la población de niños de tercera cultura: su adaptación al cambio, su cosmovisión, su identidad cultural particular, y su manera de relacionarse con otros. Ante una actual laguna de conocimiento al respecto, la tesina propone indagar en la cuarta de estas características, investigando la manera de relacionarse y la conformación de vínculos en la población de niños de tercera cultura.

De esta manera, la investigación se enfoca en el problema de los tipos de apego desarrollados por sujetos cuyas infancias y adolescencias fueron marcadas por ser niños de tercera cultura, siendo condición que hayan vivido en un país extranjero durante al menos un año. A raíz de la problemática descrita, surgen las siguientes preguntas de investigación: ¿Cómo se da el desarrollo del estilo de apego en niños de tercera cultura? Y, en segundo lugar, ¿qué particularidades conlleva el estilo de vida de alta movilidad, y cómo influye sobre el mantenimiento o la transformación del estilo de apego?

Relevancia de la temática

De acuerdo a la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), la emigración es un rasgo importante de los países de América Latina, que va en aumento progresivo desde hace más de treinta años (OIM, 2022). México es el segundo país con mayor número de emigrantes en el mundo, habiendo más de 11 millones de mexicanos residiendo en el exterior, y en tercer y cuarto lugar se encuentran Venezuela y Colombia, con 5 y 3 millones de habitantes en el extranjero, respectivamente (OIM, 2022). Asimismo, en el informe de migraciones internacionales de 2022, la Argentina fue el país de América Latina con “mayor población de personas nacidas en el extranjero, con más de 2 millones de migrantes procedentes principalmente de países vecinos como el Paraguay y el Estado Plurinacional de Bolivia” (OIM, 2022, p.102-103). Colombia y Chile están en segundo lugar luego de Argentina, y en Costa Rica la población de inmigrantes representa el 10% de la población total (OIM, 2022).

En un mundo globalizado, comúnmente categorizado como una “aldea global”, resulta imprescindible considerar el aumento constante y progresivo de flujos migratorios

internacionales. Los movimientos internacionales son cada vez más accesibles, y el avance tecnológico ofrece nuevas posibilidades de comunicación entre países. Asimismo, cabe destacar el rol de las empresas multinacionales, que establecen bases en países emergentes como se ve en Latinoamérica, y que, propio a las características de las organizaciones modernas, impulsan cambios de puestos y posiciones jerárquicas cada pocos años, frecuentemente conllevando traslados internacionales en el proceso. Por otro lado, la creciente importancia brindada a las relaciones internacionales y acuerdos globales implican un aumento en empleados de puestos de oficio en organizaciones como las Naciones Unidas, que también suponen cambios de domicilio constantes para las familias de los empleados.

Se considera que los resultados de la revisión podrán profundizar la comprensión de la situación que atraviesan millones de niños, adolescentes y adultos en la actualidad, en pos de plantear un adecuado tratamiento psicológico de los desafíos particulares que enfrentan, desde la perspectiva del modelo integrativo. Así, la problemática atañe a la gran parte de la sociedad que ha experimentado los traslados en primera mano, como también resulta relevante para los desarrollos teóricos de la psicología, al plantear la singularidad de una población compleja, en pos de aplicar el abordaje integrativo a sus rasgos contextuales y personales determinados.

Objetivos generales y específicos

Objetivo general:

- Revisar la literatura científico académica vinculada al estilo de apego en niños de tercera cultura.

Objetivos específicos:

- Examinar la literatura respecto del desarrollo del estilo de apego y los diferentes tipos de apego en niños de tercera cultura.
- Reseñar la influencia de la vida de alta movilidad en el estilo de apego en niños de tercera cultura.

Alcances y límites

Como se mencionó con anterioridad, el término “niño de tercera cultura” no hace referencia a un determinado rango etario, sino que define a cualquier individuo que haya atravesado traslados internacionales a lo largo de su niñez o su adolescencia. La presente investigación se basa en una revisión bibliográfica de la literatura científico académica disponible con respecto al desarrollo de la conducta de apego de niños de tercera cultura. Para ello, se utilizan artículos científicos de investigación empírica, así como revisiones bibliográficas y actualizaciones de la teoría del apego en la contemporaneidad.

A pesar de que la conducta de apego es una temática altamente investigada y desarrollada en la psicología, el análisis de la misma en la población elegida es altamente novedoso. Dado que la utilización del término de niños de tercera cultura es reciente en el ámbito académico, y debido al aumento exponencial de los flujos migratorios en las últimas décadas, el interés de la comunidad científica por el fenómeno bajo análisis es relativamente nuevo, especialmente en América Latina. Así, el presente trabajo es de carácter exploratorio, por lo que la falta de amplia investigación al respecto puede representar en sí misma una limitación.

Como parte de la discusión, el trabajo plantea la búsqueda de posibles intervenciones psicológicas de la población bajo estudio, posicionándose desde el marco teórico del modelo integrativo planteado por Fernández Álvarez (1992), con un abordaje de la problemática desde los factores comunes, haciendo énfasis en la relación terapéutica en pos de potenciar la mejora de la calidad de vida de los individuos. Este modelo propone una integración que permite considerar los distintos aportes de las ramas principales de la psicoterapia. Debido a esto, más allá de la pertinencia de los aportes puntuales del psicoanálisis con respecto al abordaje terapéutico de la conducta de apego, los mismos no serán considerados en el presente trabajo, puesto que exceden los objetivos propuestos.

Estructura del escrito

Luego de esta introducción, el escrito ha sido organizado en seis secciones. En primer lugar, se desarrolla una sección teórica dedicada a la exposición de antecedentes conceptuales y del marco teórico del trabajo. En segundo lugar, se explica el desarrollo metodológico y los procedimientos de búsqueda de la revisión bibliográfica. Tercero, se presentan los resultados de la búsqueda, los cuales son explayados en dos partes, donde se pondrán en evidencia los objetivos específicos de la investigación, en pos de alcanzar el objetivo general de revisar la literatura científica académica vinculada al estilo de apego. En una cuarta sección, se discuten líneas futuras de investigación, para así plantear posibles abordajes psicoterapéuticos desde el modelo integrativo. Finalmente, una quinta sección es dedicada a la exposición de las conclusiones del trabajo, y en sexto lugar, se consagra una última sección a las referencias bibliográficas utilizadas. De esta manera, las secciones de la tesina son:

1. Antecedentes, estado del arte y marco teórico

El primer apartado del trabajo pretende exponer la información conceptual disponible con respecto a la temática investigada, brindando la información necesaria para el entendimiento teórico de la tesina. Con dicho fin en mente, se presentan los antecedentes científicos de las variables estudiadas y el surgimiento de las teorías a analizar. Asimismo, se estudia la situación actual de la temática en el estado del arte, y se aclaran definiciones y perspectivas teóricas adoptadas en el marco teórico.

2. Desarrollo metodológico

La sección dedicada al desarrollo metodológico expone los procedimientos de búsqueda de la revisión bibliográfica, haciendo énfasis en el tipo de bibliografía consultada, así como los criterios de selección y los buscadores utilizados.

3. Resultados de la búsqueda

3.1 Estilos de apego en niños de tercera cultura. En este capítulo, se buscará indagar sobre la teoría del apego de Bowlby y sus actualizaciones en la contemporaneidad. Sobre la base de estos desarrollos, se explorarán las particularidades del desarrollo de la conducta de apego en la población de niños de tercera cultura, así como sus manifestaciones en los distintos estilos de apego al momento de la adultez temprana. A partir de esto, se examina la dinámica familiar ante los traslados, y cómo la misma repercute sobre la conducta de apego. Se revisará, asimismo, la manera en que los niños de tercera cultura aprenden a relacionarse con sus pares, tanto aquellos de la cultura de pertenencia como los de la cultura de residencia y la tercera cultura que van conformando.

3.2 El apego ante una vida de alta movilidad. A lo largo de este apartado, se desarrollarán las características de los niños de tercera cultura y los estilos de vida propios a esta población. A partir de esto, se analizará la forma en que el estilo de vida de alta movilidad impulsa a enfrentar múltiples pérdidas en edades tempranas, en pos de explorar de qué manera esto puede afectar a los niños de tercera cultura en su desarrollo, y cómo estos sujetos aprenden a formar vínculos y relacionarse con otros.

4. Discusión

En esta sección, se plantean líneas futuras de investigación, enfocadas en explorar posibles intervenciones desde el modelo integrativo para abordar la población bajo estudio. Se desarrollarán principios sobre los cuales se recomienda diseñar el proceso psicoterapéutico, tales como el énfasis sobre la relación terapéutica, la elaboración de las pérdidas atravesadas, y la construcción de la propia identidad. A partir de esto, se buscarán abordajes integrativos dirigidos hacia la generación de cambios en la conducta de los niños de tercera cultura que puede resultar desadaptativa para el actual estilo de vida, que ya no está determinado por la alta movilidad de la infancia o adolescencia.

5. Conclusiones

Finalmente, este apartado buscará formar relaciones entre los tres capítulos desarrollados, con el fin de relacionar conceptos en mayor profundidad. Así, se ahondará en el diálogo con la bibliografía consultada y entre las conclusiones obtenidas, haciendo énfasis en nuevos interrogantes que surjan a lo largo de la investigación.

6. Referencias bibliográficas

1. Antecedentes, estado del arte y marco teórico

Antecedentes

Para comprender el significado del término “tercera cultura”, es imprescindible entender su contexto de aparición. Este concepto fue nombrado por primera vez a principios de la década de 1960 por los sociólogos John y Ruth Hill Useem, quienes viajaron a la India para investigar la presencia de ciudadanos estadounidenses en el país. A través de sus observaciones, así como mediante las propias experiencias de sus hijos en el traslado, los investigadores notaron la existencia de una tercera cultura que surgía en la interacción entre los expatriados estadounidenses y los ciudadanos indios (Hill Useem & Baker Cottrell, 1996). La formación de esta nueva identidad cultural, o pertenencia a una “tercera cultura”, se puede entender como una cultura puente entre lo aprendido en el país de nacimiento y los países de residencia de estos individuos (Barringer, 2000). Este concepto fue progresivamente aclamado en el mundo académico a lo largo del siglo XX, denominado también como “nómadas globales” por Norma McCaig.

Por otro lado, al hablar del apego, resulta pertinente considerar los antecedentes históricos que demuestran la evolución del concepto y las contrastantes teorías que han surgido al respecto a lo largo del tiempo.

En primer lugar, en el año 1932, el investigador Harlow llevó a cabo diversos experimentos con una colonia de monos Rhesus, buscando estudiar animales con un aprendizaje similar al de los seres humanos. Harlow fue uno de los pioneros en la defensa de la importancia del amor materno y el vínculo diádico entre madre y cría. El investigador diseñó dos muñecos de madres mono, una hecha de alambre que tenía un biberón, y una cubierta con felpa, pero sin alimento. A través de esta polémica experiencia criticada por maltrato animal, se demostró que los monos elegían pasar más tiempo con el muñeco de felpa, incluso cuando tenían hambre (Soto Pincheira & Bámaca-López, 2023). Asimismo, en una segunda instancia, los monos fueron asustados, y mientras que aquellos criados con la madre de felpa corrían a abrazar al muñeco, los criados por el muñeco de alambre gritaban por sí solos en el suelo (Soto Pincheira & Bámaca-López, 2023). Se demostró un patrón de comportamiento que busca protección y contacto con la figura de la madre, así como una conducta agresiva en los monos que no tuvieron ningún objeto de apego.

Las conclusiones de Harlow fueron apoyadas por René Spitz en la década de 1940, quien investigó la manera en que la separación temprana de la madre afecta a los bebés recién nacidos. A través de sus experimentos y observaciones, Spitz acuñó el término “depresión anaclítica” para referirse al estado patológico de malestar que desarrollaron los bebés en privación emocional (Spitz, 1972). Sus aportes demostraron que la carencia afectiva que repercutió ante la ausencia de la madre, ya sea por hospitalización o por abandono del niño,

conllevaba una falta de cuidado con consecuencias graves, donde la depresión anaclítica podía incluso llevar a la muerte del bebé. De esta manera, se volvió evidente la importancia de la protección, la afectividad y el apego en los primeros meses de vida de los seres humanos.

Asimismo, cabe destacar la concepción kleiniana sobre las relaciones objetales internalizadas y el vínculo diádico entre madre e hijo, donde la madre aparece como objeto significativo (Segal, 1992). La autora postula que, en las etapas más tempranas de la infancia, el niño no reconoce un límite entre sí mismo y su madre, sino que se trata de un todo único conformado por ambos, donde el niño tiene que atravesar las etapas de desarrollo esquizoparanoide y depresiva para lograr un proceso de individuación y desapego que lo separe de esta unidad (Segal, 1992). Además, Winnicott destacó los efectos dañinos de un exceso de apego entre un niño y una “madre banalmente dedicada”, en oposición a una “madre suficientemente buena” (Winnicott, 1998). El autor planteó la necesidad de encontrar un equilibrio en la respuesta materna, donde se priorice la capacidad del infante de percibir su propia dependencia y demostrar sus necesidades al entorno facilitador, descubriendo gradualmente la inexistencia de la unidad con la madre mediante espacios, fenómenos y objetos transicionales (Winnicott, 1998).

En base a todo lo mencionado, la teoría del apego propiamente dicha fue desarrollada por John Bowlby entre 1969 y 1980, describiendo los efectos de las experiencias tempranas con la primera figura de cuidado del niño. Así, el autor estudió la importancia de un cuidador receptivo a las señales del niño, permitiendo la construcción de un vínculo de apego que se activa en distintos momentos, tales como al explorar el entorno o al sentirse amenazado, y que servirá de base para todas las relaciones afectivas futuras del individuo (Bowlby, 1986). Esto se debe a los llamados modelos operantes internos, que son estructuras de representaciones mentales de uno mismo y de los otros, internalizadas por el niño a partir del descubrimiento de patrones en la forma de relacionarse (Bowlby, 1973). Estos modelos operantes se vuelven parte de la personalidad del sujeto, y tienden a mantenerse estables durante la vida, sirviendo como guías al momento de interpretar las acciones de los demás, siempre y cuando el individuo se desarrolle en un ambiente estable (Bowlby, 1973). Los diversos postulados de Bowlby fueron reforzados por las investigaciones de Mary Ainsworth, especialmente en su procedimiento de “la situación extraña”, donde comparó los comportamientos de niños ante la ausencia de sus cuidadores y la presencia de desconocidos. Así, se fueron conformando los distintos tipos de apego, entendiendo dicha conducta no sólo como la expresión de un instinto, sino como “una serie de conductas diversas, cuya activación y desactivación, así como la intensidad y morfología de sus manifestaciones, va a depender de diversos factores contextuales e individuales” (Oliva Delgado, 2004, p.65).

Finalmente, en lo que al modelo integrativo respecta, sus antecedentes se basan en una necesidad tanto práctica como teórica. Con respecto a la práctica, se destacó una creciente tendencia de los psicoterapeutas de abordar las problemáticas clínicas desde técnicas y

elementos provenientes de diferentes enfoques originales (Fernández Álvarez, 1992). En cuanto a las razones teóricas, se evidencia una creciente diversificación de modelos teóricos, técnicas de intervención y ofertas de tratamientos psicológicos, llevando a hablar de “las psicoterapias” como un concepto plural (Fernández Álvarez, 1992). Ante este estallido de enfoques, se propone encontrar factores comunes presentes en las cuatro grandes ramas de modelos psicológicos: cognitivo-conductual, psicodinámico, sistémico y humanístico-existencial. Así, el modelo integrativo busca “examinar los alcances de aquellas modalidades terapéuticas que lograron desarrollos significativos”, en pos de encontrar “qué posibilidades de articulación pueden establecerse entre ellas” (Fernández Álvarez, 1992, p.45).

Estado del arte

En los últimos años, la problemática de los niños de tercera cultura ha tenido un fuerte avance. A pesar de que la mayoría de las investigaciones al respecto se desarrollan en los Estados Unidos, el incremento exuberante de los flujos migratorios lleva a un aumento en la atención brindada a la formación de identidad y la manera de relacionarse de los individuos con estilos de vida de alta movilidad. Hoy en día, se pueden ver los efectos a largo plazo de dicho contexto al estudiar jóvenes adultos que buscan asentarse en un lugar estable luego de una vida caracterizada por mudanzas. De acuerdo a Coronel Berrios (2013, p.57), la migración genera un panorama psicológico caracterizado por la demanda repentina de lidiar con “procesos de aculturación que en muchos casos se da de manera brusca”, donde los sujetos deben atravesar “un proceso de asimilación al nuevo contexto”. Esto suele conllevar contradicciones, dado que los individuos deben adaptarse a “diferentes códigos de relacionamiento, guiados por una serie de valores que obedecen a su propio desarrollo histórico actual” (Coronel Berrios, 2013, p.61). Es así que los niños de tercera cultura pueden sentir desorientación y confusión ante mensajes opuestos en sociedades contrastantes. De acuerdo a Viñas-Velázquez et al. (2022, p.8), la adaptación a un nuevo entorno puede manifestarse en conductas como “sentir el rechazo y retraerse”, demostrando “la presencia de ansiedad y preocupaciones en las relaciones y el entorno”.

Asimismo, es relevante hacer énfasis en los estudios centrados en la manera en que “las migraciones han contribuido a la aparición de nuevas formas de familias, las familias transnacionales, que viven literalmente en un lado y en otro, fragmentadas” (Martínez-Komsthöft, 2021, p.2). El rasgo de la transnacionalidad se les atribuye a estas familias, dado que mantienen conexiones tecnológicas y afectivas constantes con los países de origen. De acuerdo a la autora, esto representa una “estrategia colectiva para hacer frente a las necesidades de supervivencia que alteran y modifican la vida diaria” de estos sujetos (Martínez-Komsthöft, 2021, p.2). La necesidad de apoyo se debe en gran parte al desafío que representa un traslado para el apego de los individuos, ya que es habitual que la mudanza conlleve la pérdida de contacto con personas queridas que representan objetos de apego para

el sujeto. Así, “esta pérdida supone la reelaboración de los vínculos que la persona establece con el país de origen” (Martínez-Komsthöft, 2021, p.4).

En relación a esto, la teoría del apego continúa siendo una temática en pleno desarrollo, dada la permanente necesidad de actualización a circunstancias cambiantes en la manera de vincularse. Según Moneta (2014, p.267), “en la actualidad, existen muchos estudios sobre el vínculo seguro y la capacidad de resiliencia frente a eventos estresantes o de pérdida”. La autora atribuye esto a la prevalencia de las pérdidas en la contemporaneidad. A pesar de que los niños demuestran una gran capacidad de adaptación, esto no anula que “ciertas circunstancias poco favorables del ambiente y de las relaciones de proximidad dejen huellas duraderas que se pueden manifestar a largo plazo en su salud mental y física” (Moneta, 2014, p.267). Dichas consecuencias no deben pasar desapercibidas, en especial al considerar nuevos desarrollos que plantean el apego como “un componente central en el desarrollo evolutivo del ser humano que tiene un valor protector por sí mismo, pero cuyo alcance se extiende a otros ámbitos del desarrollo” (Galán Rodríguez, 2015, p.50). De acuerdo a un estudio realizado en Minnesota, el apego comienza a ser pensado como “el constructo que aporta organización a los cambios afectivos, cognitivos y conductuales que definen el desarrollo del niño”, puesto que “constituye el marco donde aprender a auto-regularse emocionalmente, conectar afectivamente, descubrir la corporalidad, desarrollar el lenguaje”, y mucho más (Galán Rodríguez, 2020, p.70).

Esto se relaciona con una línea de investigación que plantea que el estilo de apego, a pesar de tender a mantenerse estable, no está fijado en el tiempo. Así, se brinda un posible tratamiento a las implicaciones dañinas de las pérdidas de contacto sobre el apego, proponiendo que el mismo “es susceptible de ser modificado a partir de nuevas experiencias vinculares gratificantes con figuras de apego seguras cuando se vive algún proceso de redefinición, como sucede en un proceso psicoterapéutico” (Benlloch Bueno, 2020, p.172).

Asimismo, en la actualidad, surgen desde las neurociencias y ciencias biológicas nuevos aportes relacionados a la teoría del apego. Algunas de estas contribuciones son los llamados “reguladores ocultos” de Hofer, quien descubrió un “proceso de modulación de los diversos subsistemas fisiológicos en la cría a través de diferentes patrones de cuidado de la madre”, planteando que “subyacente a la conducta de cuidado observable opera la regulación fisiológica de la cría” (Lecannelier, 2018, p.4). Esto apunta a que las “conductas maternas regulaban ocultamente los múltiples mecanismos psicobiológicos de regulación” de los niños (Lecannelier, 2018, p.4). Además, “los avances en las tecnologías de la medición de la actividad cerebral han permitido un progreso notable en la identificación de las áreas cerebrales, circuitos neurales, neurotransmisores, y neuropéptidos involucrados en el sistema de apego”, tales como el descubrimiento de la “correlación entre la actividad de la amígdala y de la corteza prefrontal como indicador de las capacidades de regulación emocional en el niño” (Lecannelier, 2018, p.8).

Finalmente, la perspectiva integrativa en psicoterapia también es una temática con valiosos aportes en la última década. La creciente tendencia a la formación integrativa se debe en parte a “la turbulenta época por la que atraviesa la psicoterapia”, donde “su territorio está sumamente fragmentado y sus acciones marcadas por fuertes divergencias y confrontaciones” (Fernández Álvarez, 2020, p.8). Esto se debe a “la enorme diversidad de propuestas”, así como a “la disonancia en relación con sus objetivos y con los criterios para evaluar su eficacia o ejecución” (Fernández Álvarez, 2020, p.8). Así, la psicoterapia integrativa “no constituye un modelo más”, sino que representa “un movimiento dentro de nuestra especialidad”, que busca “lograr un marco suficientemente estructurado como para que sus aplicaciones puedan ser sometidas a estudios rigurosos sobre su eficacia y su efectividad” (Neufeld, 2019, p.159). De esta manera, el modelo sostiene desarrollos recientes que aspiran a construir una sistematicidad y coherencia dentro de la disciplina científica. Esto se ve reflejado en guías de intervención como el modelo transteórico de cambio, de Prochaska y Prochaska (2001), quienes proponen la existencia de niveles de cambio como dimensiones que organizan el contenido de la terapia y permiten medir el grado de predisposición para generar cambios en el individuo, más allá del enfoque específico que caracterice el proceso terapéutico.

Marco teórico

El presente trabajo toma como marco teórico referencial al modelo integrativo de la psicología. El mismo puede definirse como un movimiento teórico y práctico que brinda una respuesta ante “la necesidad primordial de la psicoterapia de buscar alcanzar principios genéricos suficientemente amplios y capaces de operar en todas las intervenciones”, con el objetivo de “promover cambios que mejoren las condiciones de vida de los pacientes” (Neufeld, 2019, p.159). Así, el modelo integrativo provee principios y sugerencias que sirven de guía en las intervenciones psicoterapéuticas, basándose en factores comunes a los cuatro grandes enfoques psicológicos mencionados con anterioridad, en pos de potenciar los beneficios obtenidos en la psicoterapia. El presente proyecto pretende examinar la literatura científica académica disponible con respecto al desarrollo de la conducta de apego en niños de tercera cultura, para luego brindar aportes desde el modelo integrativo para la comprensión y el abordaje de la formación de vínculos en la población seleccionada, buscando entender la manera en que su estilo de vida influye el desarrollo de la conducta de apego de los mismos.

En esta línea, es indispensable clarificar el concepto de los niños de tercera cultura como uno de los ejes fundamentales de la tesina. Cabe reiterar que, al hablar de niños de tercera cultura, no se está delimitando la pertenencia a un rango etario determinado, ni se hace referencia a la etapa de desarrollo de la infancia. Un niño de tercera cultura es todo individuo cuya niñez o adolescencia haya sido determinada psicosocialmente por un patrón de alta movilidad ante repetidos traslados internacionales que lo introdujeron en una “tercera cultura”

resultante de la interacción entre las culturas del país de nacimiento y el país de residencia. Debido a la particularidad del contexto cambiante, la población bajo estudio representa un desafío para el abordaje terapéutico desde todo modelo psicológico. De este modo, la búsqueda de intervenciones eficaces para los niños de tercera cultura desde el modelo integrativo debe partir del entendimiento de que “la infancia migratoria es un entramado de experiencias que cuestionan los esquemas de conocimiento y prácticas terapéuticas que [se implementan] con ellos sin ningún resultado positivo” (López-Pozos, 2009, p.82).

Adicionalmente, resulta pertinente definir el apego a partir de los trabajos pioneros de Bowlby (1986), entendiéndolo como una conducta instintiva en pos de la manifestación de afecto, la consecución de cuidados primarios, la búsqueda de protección y la posibilidad de explorar el mundo de manera segura. Así, se acentúa “la importancia de las relaciones interpersonales familiares tempranas—particularmente con la madre—para el crecimiento saludable del niño” (Richaud de Minzi, Sacchi & Moreno, 2009, p.1). Sin embargo, en el presente trabajo, no se hace énfasis únicamente en la relación entre madre e hijo, sino también en la construcción de vínculos interpersonales con los pares a lo largo de la vida, dentro de un contexto de cambio constante. Es así que se deben considerar los efectos de las repetidas separaciones de figuras de apego ante los traslados en los niños de tercera cultura, entendiendo estos procesos como pérdidas que representan un duelo a elaborar.

De esta manera, se entiende el estilo de apego como el modo de relacionarse que desarrollan los individuos a partir de los modelos mentales de relación, cuyas bases son construidas durante las experiencias afectivas tempranas, pero que pueden transformarse y redefinirse a lo largo de la vida en función de las experiencias, el contexto y los cambios en el ambiente de cuidado en el que se desenvuelven los individuos.

A partir de esto, el presente trabajo hace hincapié en la manera en que “la teoría del apego se traslada de la relación inicialmente definida entre una madre y su bebé, a la relación terapéutica entre terapeuta y paciente”, en pos de posibilitar una experiencia de manifestación de vulnerabilidad y relación correctiva (Benlloch Bueno, 2020, p.170). Entonces, se pretende indagar en la forma de relacionarse de los niños de tercera cultura, proponiendo posibles intervenciones desde el modelo integrativo que permitan “establecer una relación terapéutica que cumpla con las principales características de una relación de apego”, en pos de identificar conductas desadaptativas en la construcción de vínculos, para así “superar las dificultades y vulnerabilidades a las que se enfrentan las personas” pertenecientes a esta población (Benlloch Bueno, 2020, p.170).

Entre los diversos aportes que establece la teoría del apego, se destaca principalmente la certeza de que la forma de relacionarse y construir vínculos de cada individuo encuentra sus raíces en las experiencias tempranas afectivas y de cuidado. Bowlby (1973, p.292) define la conducta de apego como “cualquier forma de conducta que tiene como resultado el que una

persona obtenga o retenga la proximidad de otro individuo diferenciado y preferido, que suele concebirse como más fuerte y/o más sabio”. Gracias a la compañía y protección de la figura de apego es que el niño es capaz de explorar su ambiente, sintiéndose seguro al poder recurrir al cuidador en una situación que interprete como peligrosa. Se trata de un patrón comportamental aprendido por distintas especies mamíferas, por lo que se entiende como un proceso adaptativo en pos de la supervivencia de las crías. Subyacente al comportamiento de las distintas especies se encuentra el existente “sistema conductual diseñado para activarse al sentirse vulnerable, necesitar protección, y requerir la ayuda de un congénere más capaz” (Galán Rodríguez, 2020, p.66). Dicha activación puede deberse a dos situaciones: por un lado, una relacionada a las necesidades del infante, tal como lo es el cansancio o el hambre; y por otro lado, con relación al ambiente y la detección de posibles amenazas o incertidumbres (Casullo & Fernández Liporace, 2004). Kimelman (2019, p.44) define el vínculo de apego como “un lazo afectivo, primario y específico entre una cría y un adulto de la misma especie, destinado a garantizar evolutivamente el desarrollo adecuado de las crías a través de un proceso de regulación fisiológica, emocional y neuroendocrina”. Así, la conducta de apego “ofrece a los niños una ventaja para la supervivencia, protegiéndoles del peligro al mantenerse cerca de su cuidador primario (Feeney & Noller, 2001, p.18).

La conducta de apego se manifiesta en un conjunto de comportamientos que activan el sistema de apego ante la amenaza percibida—por ejemplo, el llanto del niño o el seguimiento visual, que indican al cuidador y figura de apego la necesidad de mantener la proximidad al niño. Mediante dichas conductas, se busca mantener “un equilibrio entre las conductas exploratorias y las conductas de proximidad, en función de la accesibilidad de la figura de apego y de los peligros presentes en el entorno físico y social” (Feeney & Noller, 2001, p.19).

Esta búsqueda de apoyo de parte del infante y oferta de cuidado proveniente del adulto conforman una relación bidireccional, que no está determinada unilateralmente por la conducta del cuidador desde una posición asimétrica, sino que también es activada e influenciada por el rol del niño. Se han estudiado las tendencias congénitas de infantes en cuanto a la conducta de apego, planteando una posible “competencia innata de algunos niños en persuadir a sus cuidadores para que satisfagan sus necesidades físicas y los ayuden a regular sus reacciones comportamentales y emocionales”, (Richaud de Minzi et al., 2009, p.2). Ambos sujetos comparten el mismo objetivo: en pos de que las señales del infante sean recibidas e interpretadas de manera correcta por un cuidador atento a las mismas, el niño también demuestra mayor o menor facilidad en la comunicación de sus necesidades. De esta manera, “el sistema de apego desarrollado es el resultado de la interacción entre los recursos que trae el niño al nacer y la capacidad de dar respuesta de sus cuidadores” (Richaud de Minzi, Sacchi & Moreno, 2009, p.2).

Es a través de la seguridad brindada por el sistema de apego, entonces, que el infante es capaz de explorar el mundo, aumentar la confianza en sus propias habilidades, desarrollar su

autoestima, y mucho más. Esto se debe a que los “niños necesitan una relación cercana y continuada con un cuidador primario para poder desarrollarse emocionalmente” (Feeney y Noller, 2001, p.17). En el marco de esta primera relación, el infante aprende a regular las propias emociones, guiado por la figura de apego. Esto corresponde a una necesidad humana básica y universal, puesto que el apego “es a la vez una urgencia biológica y una urgencia relacional” (Kimelman, 2019, p.43). Desde el nacimiento, el ser humano requiere del afecto y el cuidado interpersonal, en pos de crear “vínculos que consolidan certidumbres y permiten construir un sentimiento de continuidad, de protección y de seguridad” (Muchinik & Seidmann, 2004, p.11).

La conducta de apego no limita sus efectos al sostén durante la vulnerabilidad de la primera infancia, sino que acompaña a los individuos a lo largo de toda la vida, y tiene grandes efectos sobre diversas esferas del desarrollo. De hecho, sus repercusiones se extienden de manera en que “la calidad de dicho vínculo de apego influye tanto en el desarrollo físico y cognitivo del niño, como en su desarrollo emocional y afectivo, a lo largo de toda su vida” (Benlloch Bueno, 2020, p.171). Incluso al hablar más allá del desarrollo individual, se ha demostrado que “los cuidadores que responden positivamente a las demandas de los niños, aumentan el compromiso de éstos en sus relaciones sociales y en el deseo de aprender y cumplir con las normas del entorno social” (Richaud de Minzi, Sacchi & Moreno, 2009, p.1). Es así que el apego no está restringido a la etapa de desarrollo de la primera infancia, ni a una única esfera de funcionamiento, o a la individualidad de un único sujeto, sino que “los estilos de apego tienen influencia en el desenvolvimiento y desarrollo de los seres humanos, por lo que se ve reflejado en el funcionamiento general de los mismos” (Pierucci & Luna, 2003, p.217).

Mediante la repetida interacción con la figura de apego, el infante es capaz de modelar su comportamiento y generalizar los modos de interactuar con otros y con su ambiente. Estos modelos que conforma el niño y que lo acompañan en su crecimiento se basan en la experiencia para establecer ciertas expectativas sobre cómo resultarán los intercambios sociales que se propone. Es así que se destaca el rol de las expectativas del sujeto con respecto a sus figuras de apego, las cuales son posteriormente reflejadas en los modelos internos que se plantea el individuo con respecto a otras relaciones. Así, “las expectativas sobre la disponibilidad y receptividad de las figuras de apego” constituyen modelos internos que “se transfieren a sus nuevas relaciones, en las que juegan un papel activo guiando las percepciones y la conducta” (Feeney & Noller, 2001, p.21). Es decir que las representaciones del individuo sobre las relaciones que irá construyendo responderán en gran medida a “los modelos operativos internos que funcionan como interpretadores y guían estratégicamente el procesamiento de la información, además de influir sobre el registro emocional y las disposiciones hacia la acción” (Benlloch Bueno, 2020, p.172).

Es a través de estos modelos y representaciones que el sujeto logra integrar su manera de relacionarse con otros en un patrón que conforma el estilo de apego. Al hablar de estilos de

apego en la primera infancia, se deben entender como diferentes modos de conseguir un “equilibrio entre las conductas de apego y de exploración bajo condiciones de alto estrés” (Benlloch Bueno, 2020, p.171). Mediante la manifestación de este comportamiento, se formulan los distintos estilos de apego como “una teoría de la regulación del afecto”, donde cada tipo de apego es “un reflejo de los mecanismos de ordenamiento e intercambio de los comportamientos-respuesta ante situaciones productoras de ansiedad” (Casullo & Fernández Liporace, 2004, p.187).

La clasificación teórica de los distintos estilos de apego se da de la mano de Ainsworth et al. (1978), quienes llevaron a cabo un procedimiento de laboratorio conocido como ‘la situación extraña’. Con esta técnica experimental, los investigadores buscaban “evaluar el estilo de apego basado en las reacciones del niño a una serie de separaciones y de reuniones con su madre y un extraño amistoso” (Feeney & Noller, 2001, p.22). Así, se exponía a los infantes a incrementos en el umbral de estrés, examinando su manera de responder y el nivel de búsqueda de proximidad con la figura de apego. A partir de las diferencias observadas, los autores clasificaron los estilos de apego en tres patrones conductuales:

- I. **Apego seguro:** los niños demostraron un nivel de estrés aumentado ante la ausencia de la madre, pero se mantuvieron calmados y manifestaron alivio ante su regreso. Asimismo, “se advirtió la utilización de comportamientos exploratorios” que disminuyeron ante la partida de la figura de apego, y se detectó el reconocimiento de la propia angustia (Casullo & Fernández Liporace, 2004, p.187). Ainsworth (1978) encontró que los infantes que exhibían un apego seguro tenían madres “sensibles y responsivas a las llamadas del bebé, mostrándose disponibles cuando sus hijos las necesitaban” (Oliva Delgado, 2004, p.66).
- II. **Apego inseguro-resistente o ansioso-ambivalente:** en este patrón de conducta, los infantes demostraron un nivel de estrés exacerbado manifestado en llantos y gritos, apareciendo ansiosos y ambivalentes, tanto ante la ausencia como en el regreso de la madre (Casullo & Fernández Liporace, 2004). Se demostró una hipersensibilidad emocional con inseguridad en la exploración y en el inicio del contacto físico con la figura de apego. En el caso de estos infantes, se reconoció un modelo de crianza donde las madres “habían procedido de forma inconsistente”, generando en el niño cierta “inseguridad sobre la disponibilidad de su madre cuando la necesitasen” (Oliva Delgado, 2004, p.67). La incertidumbre en la respuesta de exploración del ambiente fue vinculada con cuidadores que “tienden a intervenir cuando el niño explora, interfiriendo con esta conducta”, lo cual en ocasiones “aumenta la dependencia y la falta de autonomía del niño” (Oliva Delgado, 2004, p.68).
- III. **Apego inseguro-evitativo:** los niños clasificados en este estilo de apego no manifestaron señales de estrés o angustia ante la ausencia o el regreso de la madre, explorando el ambiente sin apoyo de la base segura, con una conducta fría y sin

intentos de iniciar contacto físico ni búsqueda de proximidad. Ainsworth (1978) planteó que estos infantes manifestaban una independencia y autoconfianza prematura como respuesta defensiva al estar acostumbrados a experiencias de rechazo, adoptando en consecuencia una postura de indiferencia. Esta independencia no se vio como un hito saludable, sino como la existencia de dificultades emocionales, donde los niños “comprendían que no podían contar con el apoyo de su madre” y demostraban un desapego “semejante al mostrado por los niños que habían experimentado separaciones dolorosas” (Oliva Delgado, 2004, p.67).

2. Desarrollo metodológico

Procedimiento

El presente trabajo se llevó a cabo mediante una revisión bibliográfica de carácter exploratorio, debido a la naturaleza novedosa de la población bajo estudio y la escasa información disponible al respecto. La secuencia utilizada para identificar el material bibliográfico se basó en una búsqueda de 14 libros, 20 artículos científicos teóricos y 12 artículos de investigación empírica, encontrados en revistas, tales como la Revista de Psicoterapia, la Revista Profundidad Psicológica, la Revista de Psiquiatría y Psicología del Niño y del Adolescente, la Revista Cúpula, Avances Iberoamericanos, entre otras. Asimismo, se utilizaron diversos buscadores y bases de datos bibliográficas, tales como Redalyc, Ebsco, Scielo y Science Direct.

La búsqueda bibliográfica se realizó tanto en español como en inglés, mediante el uso de palabras claves como “migraciones”, “niños de tercera cultura”, “estilos de apego”, “abordaje integrativo”, entre otras. Los criterios de búsqueda se enfocaron en la población de niños de tercera cultura a nivel global, que hayan vivido en un país extranjero durante al menos un año a lo largo de la infancia o la adolescencia. Asimismo, se utilizaron artículos de investigación empírica y estudios de caso, como también revisiones y actualizaciones de temáticas como la teoría del apego en la contemporaneidad.

Estos son los conceptos que se articularán a lo largo de la tesina, primero buscando evaluar la relación entre ser un niño de tercera cultura y desarrollar un estilo de apego determinado, en pos de visualizar cómo el estilo de vida de alta movilidad y repetitivas pérdidas puede afectar la forma de vincularse interpersonalmente. A partir de esto, se abre la discusión a propuestas de intervenciones posibles desde el modelo integrativo para abordar las circunstancias particulares de la población bajo estudio.

Asimismo, se utilizaron libros de psicología y sociología para fundamentar las teorías desarrolladas y el marco teórico elegido. Los autores con los que se trabajará fundamentalmente en los capítulos de la tesina incluyen múltiples escritos de Bowlby para hacer referencia a la conducta de apego, y las publicaciones de Fernández Álvarez para desarrollar el modelo integrativo.

3. Resultados de la búsqueda

3.1 Estilos de apego en niños de tercera cultura

3.1.1 El rol de la dinámica familiar en el desarrollo del apego

Como se estableció con anterioridad, el estilo de apego tiende a mantenerse estable a lo largo de la vida, utilizando las experiencias tempranas como base para el modo de interactuar con terceros. Esta continuidad en el estilo de apego se debe a “la persistencia de los modelos mentales del sí mismo y los otros”, que usualmente perduran y “se desarrollan y operan en el contexto de un entorno familiar relativamente estable” (Feeney & Noller, 2001, p.29). De esta manera, el funcionamiento del sistema de apego del sujeto transiciona desde la relación diádica con el cuidador principal, hacia la existencia de múltiples figuras de apego en la infancia, y posteriormente se establece como un patrón general de interactuar con el ambiente social en general. Esta expansión de los modelos y su utilización en los distintos vínculos que va conformando el individuo se da desde la primera infancia; en un primer momento, “el cuidador primario se convierte en la persona de apego primaria”, pero eventualmente “otras figuras ocupan un lugar secundario y complementario a la principal”, lo cual se evidencia comúnmente en las figuras de los padres y los hermanos, conformando “una jerarquía en las figuras de apego” (Feeney & Noller, 2001, p.24). Es así que el comportamiento interpersonal del sujeto se extiende progresivamente hasta conformar un patrón, donde las experiencias tempranas de afecto y cuidado fundan las bases para la posterior manera de relacionarse con el ambiente social a través del tiempo. De esta manera, se reconoce una “relación entre las experiencias parentales tempranas y la capacidad para establecer relaciones cercanas, confortantes y compasivas con otros a lo largo de la vida” (Dávila, 2015, p.122).

Es evidente la indispensabilidad de la relación entre infante y sistema familiar para el desarrollo emocional, cognitivo y social saludable de todo individuo. La crianza del infante inicia en el ambiente familiar, siendo este “el primer clima emocional en el que vive el niño y que le introduce en el grupo familiar... y a través de éste, también en el grupo social y cultural en el que la familia se desenvuelve” (Dávila, 2015, p.125). La familia representa las primeras y más importantes relaciones de apego para el niño, brindando un grupo de pertenencia y transmitiendo pautas de interacción y de regulación emocional que el infante adopta y reproduce en el contexto social en el que está inserto. La dinámica familiar de cada grupo particular se entiende como “una unidad que crece y se desarrolla como algo dinámico, evolutivo”, representando así “la primera institución que ejerce su influencia en el infante”, tanto con respecto al ámbito educativo, como socializador (Velázquez et al., 2015, p.49). Una dinámica familiar empática y reflexiva con respecto a las necesidades del infante es imprescindible para el crecimiento y desarrollo saludable, proporcionando una base segura que “guiará la interpretación y reflexión de las experiencias, que orientarán los comportamientos de apego” (Dávila, 2015, p.122). Asimismo, como se estableció anteriormente, es el ambiente

estable familiar el que actuará de sostén para los modelos internos que el niño desarrolla.

Sin embargo, las dinámicas familiares no siempre conservan dicha estabilidad. Según Estrada (1993), uno de los objetivos principales de toda familia se basa en la capacidad de resolver las crisis que enfrenta el grupo familiar a lo largo del ciclo vital. Estas crisis, tales como divorcios, nacimientos o migraciones, pueden desestabilizar la dinámica familiar en menor o mayor grado, requiriendo que el sistema se adapte de manera eficiente para poder proveer la estabilidad necesaria para el desarrollo saludable de cada miembro, en especial de los más jóvenes.

En el caso de los niños de tercera cultura, el sistema familiar de pertenencia atraviesa migraciones internacionales que pueden representar un gran desafío para la familia entera. De acuerdo a Martínez-Komsthöft (2021, p.3), los procesos migratorios redefinen las relaciones familiares, “dando forma y lugar a una amplia gama de posibilidades detrás de la funcionalidad de estas familias”. Las transformaciones que atraviesa el grupo familiar no se limitan únicamente a los cambios contextuales implicados en el ingreso a una nueva cultura, sino también a las respuestas emocionales y procesos de adaptación individuales de cada miembro, que, a su vez, influyen sobre la manera en que los integrantes se relacionan entre sí. Un ejemplo de la experiencia emocional a elaborar es la separación entre la familia nuclear que emigra y los parientes extendidos que se quedan en el país de origen; en estos casos, se reconoce un transnacionalismo que conlleva un “alto costo emocional...cuya característica principal es el estrés emocional”, consecuencia de la separación (López-Pozos, 2009, p.85).

El proceso migratorio puede darse de diversas formas, pero la necesidad de adaptación y aculturación se rige como un factor común en todas las posibilidades. La manera en que se configure la ‘tercera cultura’ para cada individuo va a depender de una multiplicidad de factores, tales como la longitud de su estadía en el nuevo país, el grado de contacto que se tenga con personas de la nueva nacionalidad, la magnitud con la que se relacione con la diáspora o comunidad del país de nacimiento presente en el nuevo país, entre otros (Barringer, 2000). Las circunstancias particulares de cada sistema familiar y su correspondiente traslado determinarán la magnitud de los cambios, oportunidades y retos a enfrentar, pero, en definitiva, los “vínculos afectivos y de parentesco se enmarcan en dos contextos transnacionales diferentes y se transforman en una experiencia diferente de ser familia” (López-Pozos, 2009, p.86). La demanda emocional que simbolice el traslado incide sobre la activación de la conducta de apego de los miembros, puesto que “la intensidad y coherencia de la conducta afectiva puede permanecer latente o intensificarse dependiendo de las amenazas del medio ambiente” (Martínez-Komsthöft, 2021, p.3). Es decir que, mientras mayor sea la interpretación de peligro o incertidumbre de los integrantes de la familia ante el cambio contextual, mayor será la reacción de ansiedad o angustia, que movilizará a su vez el sistema de apego en una búsqueda de apoyo y bienestar. En el caso de niños y adolescentes, la sintomatología que suele manifestarse ante el cambio “se refleja en su desarrollo personal y en la interacción social con

su grupo de iguales, así como en la resocialización en otro espacio y en la reunificación familiar” (López-Pozos, 2009, p.88). Asimismo, los traslados y el consecuente proceso de adaptación familiar pueden “funcionar como disparadores de viejos conflictos, que son precipitados a partir de la conmoción de la migración y sus múltiples pérdidas y renunciaciones” (Sarro, 2008, p.18).

A nivel individual, el proceso migratorio puede implicar rupturas en el guión y la historia personal del individuo, con potencial de desequilibrar emocionalmente a los sujetos y afectar el desarrollo esperado a largo plazo. Pero los cambios no son encarados de manera aislada por los integrantes del grupo familiar, sino que la totalidad del sistema se ve comprometido. Aunque la migración representa grandes oportunidades y puede ser percibida como una transformación positiva, la metabolización de los cambios supone un trabajo de gran esfuerzo. Es importante reconocer las implicancias de este proceso, entendiendo que “si el sujeto no posee los recursos necesarios para resolver la ambigüedad que le plantea la crisis migratoria, le resultará imposible integrar la novedosa experiencia como una oportunidad de gratificación y crecimiento personal” (Sarro, 2008, p.15). Esta transición despierta sentimientos de miedo, soledad y nostalgia que interfieren tanto en el desenvolvimiento individual como en las interacciones entre los miembros familiares (Coronel Berrios, 2004). En ocasiones, esto se ve en la manera en que “el impacto del trauma de la premigración y la separación prolongada causa un trauma familiar”, el cual “es acentuado por el dolor emocional, que de alguna forma disminuye en la medida que la familia se reintegra en su totalidad o en una parte de ella que funcione como referente de identidad y de sostén emocional” (López-Pozos, 2009, p.94). El sistema familiar debe atravesar un proceso de asimilación y adaptación al contexto novedoso del país de llegada, en pos de lograr un nuevo equilibrio que recupere la estabilidad perdida que se requiere de la familia.

3.1.2 El apego en niños de tercera cultura

Es dentro del marco de un sistema familiar desestabilizado ante una mudanza internacional, que se debe considerar la problemática del estilo de apego en niños de tercera cultura. Ya establecida la relación entre modelos internos estables y un sistema de apego consolidado, resulta pertinente examinar la manera en que dichos modelos son modificados ante los cambios enfrentados en el proceso migratorio. Dichos modelos se mantienen activos a lo largo de la vida, siempre que prueben ser efectivos y concordantes con la información proveniente del entorno. Pero en el caso de migraciones internacionales, donde el contexto del país de residencia puede diferir en gran medida de las pautas aprendidas en el país de origen, los patrones de interacción adoptados pueden presentar contradicciones, debiendo alterarse para mantenerse relevantes. Así, la conducta de apego y la construcción de vínculos afectivos se ven desafiadas, teniendo que considerar “factores socioambientales como la presencia de riesgo social y factores de estrés contextuales” propios de la migración (Viñas-Velázquez et al., 2022, p.5).

A pesar de que no se han llevado a cabo una multiplicidad de investigaciones que evalúen de manera puntual los estilos de apego de niños de tercera cultura, los estudios disponibles concuerdan con el desafío que supone la demanda de adaptación y la inestabilidad del sistema de apego para los niños y adolescentes que atraviesan los procesos migratorios. En un estudio cuantitativo de 489 participantes realizado en el Reino Unido (Doherty et al., 2023), se encontró que los adultos jóvenes dentro del grupo de niños de tercera cultura indicaron menor comodidad con la formación de relaciones cercanas que aquellos adultos que no habían atravesado procesos migratorios durante la infancia y adolescencia. Asimismo, se advirtió una mayor incidencia de problemáticas con respecto a la identidad étnica, la soledad, el bienestar y el apego en niños de tercera cultura (Doherty et al., 2023). En un estudio de caso desarrollado en México, Viñas-Velázquez et al. (2022, p.8) siguieron la evolución de una niña de tercera cultura, pudiendo identificar un apego ansioso ambivalente con “sentimientos de menor valía e inseguridad”, así como “la presencia de ansiedad y preocupaciones en las relaciones y su entorno”, manifestando retracción y rechazo ante los intentos de acercamiento de su madre. Por otro lado, según Ooi et al. (2022), el estilo de apego seguro funciona como un factor facilitador del proceso de adaptación en niños de tercera cultura, así como también lo son la estabilidad emocional y los niveles elevados de iniciativa social. Se evaluaron también rasgos familiares que brindan un buen pronóstico en la adaptación sociocultural y la calidad de vida de niños de tercera cultura, tales como la cohesión familiar y la buena comunicación entre miembros familiares (Ooi et al., 2022).

Es así que el apego, a pesar de comenzar como una conducta exclusiva activada en la interacción con las figuras de cuidado, no se limita únicamente a dichas figuras, sino que se establece como un guión interpersonal que orienta la conducta social del individuo en los distintos vínculos a lo largo de la vida. De esta manera, se postula el estilo de apego como un patrón en el modo de vincularse con otros, marcado profundamente por las primeras relaciones del sujeto, pero no se debe menoscabar la importancia de las vivencias posteriores durante la infancia, la adolescencia y la adultez. Esto se debe a que el estilo de apego puede transformarse en función de las experiencias, el contexto y los cambios en el ambiente a lo largo del desarrollo. En lo que a los niños de tercera cultura respecta, cabe preguntarse sobre la estabilidad de los estilos de apego desarrollados, enmarcados en un contexto inestable y en constante adaptación a cambios ambientales. Debido a esto, resulta imprescindible analizar la influencia de una vida de alta movilidad sobre el estilo de apego de los niños de tercera cultura.

3.2 El apego ante un estilo de vida de alta movilidad

3.2.1 La alta movilidad como rasgo determinante del estilo de vida

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define el estilo de vida como “una forma general de vida basada en la interacción entre las condiciones de vida en un sentido amplio y

los patrones individuales de conducta determinados por factores socioculturales y características personales” (OMS, 1986, s/p). Todo estilo de vida es influenciado por un conjunto de rasgos tanto micro como macro sociales, y presenta repercusiones sobre la salud física y psíquica de quien lo adopta.

Al hablar de estilos de vida de alta movilidad, se hace referencia a una forma de desenvolverse cuya característica principal es la recurrencia de movimientos migratorios transculturales, generando así una cultura híbrida que combina aspectos de las tradiciones y los valores provenientes de distintos países, creando la llamada ‘tercera cultura’. La alta movilidad propia del estilo de vida de niños de tercera cultura conlleva un casi perpetuo estado de transición psicológica (Gilbert, 2008). Asimismo, de acuerdo a Lijadi y Schalkwyk (2017), el estilo de vida de alta movilidad se encuentra en aumento de manera global, impactando las relaciones interpersonales al dificultar el mantenimiento de los vínculos a largo plazo.

Como se refirió anteriormente, el estilo de apego tiende a mantenerse estable debido a que “los modelos del sí mismo y de los patrones de interacción social suelen desarrollarse en el contexto de entornos familiares relativamente estables y tienden a persistir a lo largo de toda la vida” (Feeney & Noller, 2001, p.21). Sin embargo, ante la ausencia de dicha estabilidad en el entorno, los patrones de apego pueden verse transformados, incluso aquellos que en un principio mostraron señales de estabilidad. Esto puede ocurrir “en función de acontecimientos que alteren la conducta de cualquiera de los individuos que formen parte de la relación de apego”, entendiendo el rol de la dinámica familiar en la relación bidireccional de apego que conforman entre niño y cuidador (Feeney & Noller, p.29). Los traslados internacionales en el caso de los niños de tercera cultura son un desafío que enfrenta todo el sistema familiar que emigra; ya se evidenció en el anterior subtítulo la manera en que el grupo familiar puede encontrarse con el surgimiento de viejos conflictos, desequilibrios en los vínculos con la familia extendida, sintomatología emocional ante la súbita demanda de aculturación, entre otros. Todos estos factores inciden sobre la manera en que se relacionan los miembros familiares entre ellos al llegar a un nuevo país, pudiendo tanto separarse por la crisis migratoria y los sentimientos que la misma despierta, o instigar un acercamiento familiar al reconocerse más dependientes los unos de los otros como recurso para atravesar los diversos cambios. Esto, como ya se mencionó, dependerá de las circunstancias particulares del proceso migratorio, las cuales determinarán el nivel de activación del sistema de apego de cada miembro familiar, de acuerdo a la percepción de amenaza que interprete cada uno. Es así que la conducta de los individuos que forman parte de la relación de apego puede verse modificada; en el caso de los niños de tercera cultura, que atraviesan las mudanzas en etapas vitales más tempranas, los sujetos requieren la proximidad y el apoyo de figuras de apego que están simultáneamente atravesando un proceso de adaptación desafiante, por lo que es posible que no demuestren la misma disponibilidad que se había establecido a lo largo de la primera infancia.

Asimismo, “los modelos internos en sí mismos están sujetos al cambio”, suceso que puede

ser desencadenado ante “la falta de encaje entre los intercambios sociales y los modelos activos correspondientes” (Feeney & Noller, p.30). Expuesto a la ineficacia de sus modelos internos, cualquier individuo debe atravesar un proceso de adaptación donde el modelo se acomoda a la realidad que enfrenta. Al hablar de la experiencia de niños de tercera cultura, es pertinente hacer énfasis en esta disonancia entre realidad y modelo interno. Tanto la infancia como la adolescencia son etapas de desarrollo de gran crecimiento, donde se inician y refuerzan procesos psíquicos de diversas índoles, tales como la conformación de la identidad personal, el sentimiento de pertenencia y la vinculación con grupos de pares, a medida que el individuo aprende a desenvolverse en el mundo que lo rodea. Es así que se utilizan los modelos internos, que guían al sujeto en su interacción con los otros, con el mundo y consigo mismo. Sin embargo, en el caso de los niños de tercera cultura, la estabilidad de los modelos internos se puede ver desafiada ante grandes cambios en la realidad circundante; al atravesar transformaciones masivas como lo es un cambio de país y de cultura, la información disponible del sujeto hasta el momento diferirá necesariamente con la nueva realidad que debe enfrentar. Al ingresar a un nuevo contexto cultural, social y político, se presenta la demanda repentina de un proceso de adaptación y aculturación que en muchas ocasiones conlleva incoherencias en los modelos internos hasta entonces desarrollados. Es así que “la elaboración del duelo migratorio comporta diversos conflictos que desafían la estabilidad psíquica y que le imponen al sujeto la necesidad de una resolución de las contradicciones” (Sarro, 2008, p.15). El sujeto debe asimilar nuevas normas, códigos de relacionamiento, valores y costumbres que suelen contrastar con la cultura de pertenencia del niño de tercera cultura, llevando a la necesidad de acomodar los modelos internos a las nuevas formas de intercambio social en el contexto de residencia. Esto puede conllevar, entonces, cambios consecuentes en el estilo de apego desarrollado, aprendiendo nuevas maneras de relacionarse.

3.2.2 La alta movilidad, las pérdidas y el apego

Así como el estilo de vida de alta movilidad acarrea posibles cambios en los vínculos con las figuras de apego que acompañan al niño en la migración, los traslados internacionales también conllevan importantes pérdidas que han de ser tenidas en cuenta al pensar en el desarrollo de la conducta de apego. Bowlby (1985) ya hablaba de los efectos nocivos de las pérdidas y separaciones de las figuras de apego, comúnmente seguidas por reacciones de zozobra y angustia intensa por el infante. En el caso de los niños de tercera cultura y sus estilos de vida de alta movilidad, las pérdidas que se deben atravesar son múltiples y recurrentes, evidenciadas tanto en los cambios de ambiente y culturas, como en el extravío de vínculos que los traslados pueden ocasionar. Como afirma Schaetti (2002), para los niños de tercera cultura, la principal fuente de continuidad es la discontinuidad, caracterizada en gran medida por la diversidad de pérdidas que deben ser enfrentadas.

De acuerdo a un estudio cualitativo llevado a cabo en la Universidad de Indiana, el duelo no resuelto es comúnmente reportado como un problema persistente en los adultos que forman

parte del grupo de niños de tercera cultura (Gilbert, 2008). Muchas veces se debe no solo a las pérdidas enfrentadas, sino al hecho de que las mismas no sean reconocidas como merecedoras de un proceso de duelo, ya sea por el propio individuo o por su contexto. Sin embargo, es de vital importancia entender que las pérdidas que se enfrentan en el proceso migratorio suponen un proceso psíquico de duelo digno de analizar, dado que remiten a “un proceso de reorganización de la personalidad, que tiene lugar cuando se pierde algo que es significativo para el sujeto”, implicando una reelaboración de vínculos con el país de origen (Martínez-Komsthöft, 2021, p.4). Además, es relevante hacer énfasis en la comprobada “vinculación causal entre trastornos psíquicos y una separación o una pérdida acaecida en algún momento de la infancia o la adolescencia” (Bowlby, 1986, p.106).

Según Gilbert (2008), las pérdidas implicadas en el proceso migratorio transcultural suelen ser ambiguas, y el dolor desencadenado es a menudo ignorado. Esto puede ser por falta de comprensión del proceso atravesado, pero frecuentemente se debe a que el duelo de los niños y adolescentes puede manifestarse distinto al duelo adulto, con un niño que se cierra emocionalmente como respuesta al dolor (Wolfert, 1983). Ante esto, los adultos pueden no darse cuenta del efecto emocional que el traslado ocasiona, en especial al considerar el propio proceso de duelo que atraviesa el adulto de manera simultánea debido a la migración.

Las pérdidas más distinguidas en lo que a los niños de tercera cultura respecta son aquellas relacionadas a personas significativas, especialmente figuras de apego de las cuales el sujeto es separado al emigrar. Es pertinente recordar que, a medida que el infante crece, el apego se puede dar con múltiples figuras, aunque se mantiene una jerarquía donde el cuidador principal continúa como la figura de apego principal. Según Martínez-Komsthöft (2021, p.3-4), para que una relación sea considerada de apego debe tratarse de “una relación emocional perdurable con una persona específica”, donde “dicha relación produce seguridad, sosiego, consuelo, agrado y placer”, y en la cual “la pérdida de la persona, objeto de apego, puede causar intensa ansiedad”. Esta clasificación puede incluir, entonces, desde parientes que se quedan en el país de origen, hasta mentores o amigos, especialmente durante la adolescencia.

El duelo ocasionado por la pérdida de vínculos significativos es una experiencia reiterada para los niños de tercera cultura. En el estudio realizado por la Universidad de Indiana, los participantes indicaron haber aprendido a adaptarse a la pérdida de amigos como una parte normal de su vida, a veces en un grado extremo (Gilbert, 2008). Según Bowlby (1986, p.92), “muchas de las más intensas emociones humanas surgen durante la formación, el mantenimiento, la ruptura y la renovación de lazos afectivos”. En el caso de niños de tercera cultura, esto representa un claro desafío, ya que es común que las estadías en los países de residencia sean transitorias, por lo que la experiencia aguda emocional no llega a estabilizarse, siendo el período de tiempo entre formar un vínculo y perderlo nuevamente acortado. Asimismo, al llegar a un nuevo contexto, el niño de tercera cultura suele ser consciente de la posibilidad de su propia partida; esta “amenaza de pérdida provoca ansiedad”, así como la

pérdida efectiva produce pena, “mientras que ambas situaciones pueden provocar ira” (Bowlby, 1986, p.93). De hecho, el duelo no involucra solamente el momento de la despedida o de la posterior añoranza, sino también el tiempo que pasa entre recibir la noticia de la mudanza y que la misma se haga efectiva. Esto se debe a que “las condiciones que anteceden al momento de la separación son importantes de tomar en cuenta porque inciden en la intensificación de la ansiedad”, con un aumento notable en casos en que “el apego del niño era muy cercano a la figura perdida y si no tiene otras figuras introyectadas que él asuma como soportes de su desarrollo” (Martínez-Komsthöft, 2021, p.3).

Así es como, en la crisis migratoria, se puede reconocer un estado emocional en niños y adolescentes caracterizado por “la presencia de ira, tristeza, ansiedad, sentimientos de añoranza y pena, temores en torno a la figura separada y a la integridad familiar en su conjunto, e incertidumbre”, así como también pueden verse “pensamientos acusatorios hacia la figura separada” y “creencias de abandono y de deslealtad” (Martínez-Komsthöft, 2021, p.4). La exacerbación de esta experiencia emocional intensa puede afectar a los niños y adolescentes en proceso de migración en distintas magnitudes, así como la reacción a las emociones varía también, pudiendo aferrarse más a las figuras de apego que se mantienen, o, en ocasiones, adoptando una actitud de indiferencia, frialdad o distanciamiento ante nuevos vínculos. Esta situación fue descrita por muchos niños de tercera cultura, quienes afirmaron percibirse a sí mismos como cautelosos y distantes al momento de entablar relaciones, como resultado de las repetidas pérdidas a lo largo de sus vidas (Gilbert, 2008). Esta respuesta de aislamiento como precaución al dolor de la pérdida se relaciona con la falta de confianza y seguridad en el mundo que expresaron los participantes, en contradicción a la sensación de seguridad y certidumbre correspondiente al estilo de apego seguro.

Es oportuno hacer énfasis en el aislamiento mencionado. En los movimientos migratorios, un buen pronóstico de adaptación al nuevo lugar se ve fomentado por la capacidad de formar nuevos vínculos con personas de la nueva cultura, así como el interés y la apertura a la novedad de la experiencia. El patrón de indiferencia, aislamiento y cautela al aproximarse al nuevo ambiente interfiere con la adaptación al mismo, a pesar de que puede resultar funcional al contexto de inestabilidad al buscar protegerse a uno mismo del dolor de una nueva pérdida. Esta reacción puede llevar a una disminución en la calidad de vida enraizada en el aumento de la soledad, entendiendo la misma como “el sentimiento prolongado, desagradable, involuntario, de no estar relacionado significativamente o de manera próxima con alguien” (Muchinik & Seidmann, 2004, p.33). De acuerdo a Muchinik y Seidmann (2004, p.35), la soledad puede desencadenarse por aislamiento emocional, el cual “deriva de la ausencia de una relación íntima con una figura de apego”, o por aislamiento social, que “ocurre por falta de lazos con un grupo social cohesivo de pertenencia”. En los casos descritos, es posible advertir la presencia de ambos tipos de soledad: por un lado, la soledad por aislamiento emocional de la figura de apego dejada atrás debido a una mudanza; y por otro lado, la soledad por aislamiento social

que se puede esperar ante la reserva y vacilación para formar nuevos vínculos en el país de llegada. Estos sentimientos “se desarrollan a partir de la insatisfacción con los sistemas de interacción, de acuerdo a relaciones peculiares, apego en particular, establecidas con padres y pares” (Richaud de Minzi et al., 2009, p.3).

En cuanto al aislamiento emocional, el logro de intimidad con nuevos vínculos puede ser afectado por la sobreadaptación característica de muchos niños de tercera cultura. Esta situación se manifiesta en forma de cierta hiperadaptabilidad que adquiere el migrante en pos de encajar en el nuevo contexto, rasgo que puede ayudar en el momento del traslado, pero que en ocasiones implica prescindir de una versión más auténtica de uno mismo (Schaetti & Ramsey, 1999). Esto puede llevar a vínculos superficiales y poco satisfactorios, sin poder alcanzar la intimidad deseada debido a la postura de docilidad y pasividad adoptada por el migrante, “mimetizándose con sus interlocutores y reproduciendo las expectativas o las elecciones de estos” debido a una “creencia de que la integración implica la renuncia a un aspecto de su identidad” (Sarro, 2008, p.14). Así, se genera la sensación de soledad por aislamiento emocional, en pos de la adaptación excesiva y a costa de la verdadera personalidad. Son justamente los vínculos de apego los que deberán ajustarse en pos de brindar la seguridad necesaria para afrontar la soledad padecida, ya que el apego y el estilo de crianza “son en gran parte responsables del desarrollo de los recursos para el afrontamiento, como las creencias de autocompetencia, y de los sentimientos asociados al fracaso, como la soledad” (Richaud de Minzi et al., 2009, p.15).

Pero el duelo originado por una migración no remite únicamente a la pérdida de personas y vínculos significativos de apego, sino que las pérdidas a elaborar son de diversas índoles. El duelo es también causado por la pérdida de lugares, mascotas, posesiones, e incluso pérdidas existenciales relacionadas con menoscabos a la propia identidad y la pérdida del hogar (Gilbert, 2008). Entre las experiencias descritas por niños de tercera cultura, sobresale la pérdida de lugares de pertenencia; más allá del espacio físico y la ubicación geográfica de los lugares descritos, se hace énfasis en la falta de sentimientos de pertenencia, sin lograr sentirse anclados al país de origen ni a los países de residencia (Gilbert, 2008). Esta ausencia de un hogar puede generar una sensación de falta de anclaje y raíces, reforzando la reacción de distanciamiento y de duelo que resulta complejo y que suele pasar desapercibido para el contexto circundante. Es por esto que surge la noción de la tercera cultura como una combinación de aspectos de distintas culturas, más allá del país específico en el que se habite. Los niños de tercera cultura suelen sentir pertenencia con otros niños de tercera cultura, incluso luego de asentarse en un único lugar en la edad adulta, construyendo una comunidad como nómadas globales.

Al enfrentar la ausencia de un hogar en un lugar determinado, se vuelve indispensable la construcción de un hogar de otro tipo. Es así que se destaca nuevamente la importancia del sistema familiar, el cual no solamente conforma las primeras relaciones de apego, sino que

también representan los vínculos que se mantienen vigentes a través de las mudanzas y traslados. A pesar de atravesar procesos de adaptación propios a cada individuo y sus rasgos personales, el grupo familiar nuclear es indispensable para el mantenimiento de algún matiz de estabilidad en la vida de los niños de tercera cultura—después de todo, cuando todo alrededor cambia, la familia que emigra se mantiene, aún con los cambios que puede atravesar. Así, la experiencia de desarraigo de los niños de tercera cultura puede encontrar cierto sostén en la propia familia, construyendo un hogar allí donde esté el sistema familiar, más allá de su ubicación. Los padres, hijos y hermanos que atraviesan la situación de migración juntos también conforman las figuras de apego respectivas a cada miembro, ya que el apego en la familia “se enmarca dentro de una relación diádica, la misma que puede ser asumida por cualquier miembro de la misma” (Dávila, 2015, p.125). De hecho, se encontró que los niños de tercera cultura con hermanos presentaron menores niveles de ansiedad de apego y mayores niveles de resiliencia, incluso en la adultez (Doherty et al., 2023). Es frecuente que entre hermanos y ante “situaciones de ambiente desconocido o en momentos de aflicción, se usen unos a otros como base de seguridad o consuelo”, incluso logrando disminuir la ansiedad y angustia de separación de otras figuras de apego cuando los hermanos están presentes (Oliva Delgado, 2004, p.71). Asimismo, los hermanos mayores muchas veces actúan como “figura del apego subsidiaria”, con lo que “se constituye en una fuente de seguridad y una base segura desde la cual el hermano menor puede explorar el ambiente” (Dávila, 2015, p.125).

Es evidente que, a través de todas las experiencias emocionales que implica una migración para el grupo familiar, los vínculos familiares pueden actuar como sostén y apoyo para todos los miembros involucrados, ya que “proporciona una red disponible y fácilmente fiable de las relaciones de apego”, que permite a cada miembro “mantener al otro en la mente”, así como “expresar los verdaderos sentimientos, ya sean estos de dolor o sufrimiento” (Dávila, 2015, p.128). Se trata de un acompañamiento vincular y emocional que brinda cierta estabilidad y sostén dentro de la familia, recurriendo los unos a los otros al activarse el sistema de apego ante la incertidumbre del cambio. Así, se puede afrontar de forma conjunta “la modificación de las fronteras relacionales, la identidad individual y grupal y la modalidad de atravesamiento de los duelos en cada miembro” (Sarro, 2008, p.18).

4. Discusión

Líneas futuras de investigación: Pensando abordajes terapéuticos desde el modelo integrativo

En un mundo contemporáneo caracterizado por la globalización, los flujos migratorios se encuentran en perpetuo aumento exponencial, implicando transformaciones demográficas y culturales en múltiples países. Con el incremento de movimientos y traslados internacionales, resulta imprescindible considerar el impacto que dichos desplazamientos representan sobre la población, especialmente sobre niños y adolescentes, quienes se encuentran en etapas formativas y susceptibles a cambios en la construcción de su identidad, entendimiento del mundo y estabilización de su estilo de apego. Es así que surge el interrogante con respecto a la conducta de apego de los niños de tercera cultura, quienes son definidos no por su edad, sino por las experiencias de procesos migratorios que caracterizan y marcan profundamente sus vidas, tanto en el momento en que ocurren durante la infancia y la adolescencia, como también en los efectos a largo plazo que se mantienen una vez alcanzada la adultez.

A lo largo del presente trabajo, se hizo énfasis en el proceso de desarrollo de la conducta de apego en circunstancias esperadas de estabilidad, con el propósito de entender la teoría del apego y comparar dichas condiciones a la experiencia vivida por los niños de tercera cultura. A partir de esto, se hizo evidente la importancia de la estabilidad como sostén del estilo de apego y de los modelos internos desarrollados por cada individuo. Como se desarrolló a través del primer subtítulo, el sistema familiar y la dinámica instaurada en dicho grupo cumplen un rol importante en brindar la estabilidad necesaria para que el sujeto se sienta seguro al explorar el mundo y al construir modelos internos que lo guiarán en sus percepciones de sí mismo, del mundo y de las demás personas. Es por esto que se hace énfasis en la dinámica familiar en las familias de niños de tercera cultura, donde la permanencia y el equilibrio representado por dicho grupo puede ser desafiado ante los traslados, ya sea por cambios en los vínculos debido a las crisis migratorias individuales, o por incoherencias entre los modelos internos del sujeto y la información recibida del nuevo entorno. Así, se ve cómo el desarrollo y el mantenimiento del estilo de apego puede trastabillar ante un proceso migratorio, teniendo que adecuar la manera de relacionarse con los pares en una nueva cultura, con distintas normas y pautas de interacción.

Es a partir de este proceso que se conforma la llamada 'tercera cultura' en la población bajo análisis, construyendo una nueva identidad cultural donde se combinan aspectos de la cultura de origen y los contextos propios de los países de llegada. En esta tercera cultura es donde los individuos pueden encontrar cierta pertenencia, rodeados de sus pares que han atravesado los mismos procesos migratorios y de adaptación. Sin embargo, también surgen

contradicciones entre lo dictaminado por cada conjunto de tradiciones, pautas, costumbres y modos de vida.

Asimismo, la tesina exploró el concepto de un estilo de vida de alta movilidad para discernir las características de los niños de tercera cultura, y la manera en que la movilidad entre países y la adaptación transcultural influyen sobre el desenvolvimiento cotidiano de estos sujetos. Mediante la evaluación de la literatura científico académica existente, se indagó sobre las experiencias variadas de pérdida que atraviesan los niños de tercera cultura, así como el duelo implicado y los posibles efectos que estas vivencias suponen. Esto se vio, por ejemplo, en las descripciones de distanciamiento y vacilación al formar nuevos vínculos, así como de mayor ansiedad ante la intimidad, falta de sentimiento de pertenencia, aislamiento social y emocional, soledad, y más. Se mencionaron también los desafíos implicados en cuanto a la imagen de uno mismo, que se acentúan debido a los patrones de sobreadaptación que son a menudo llevados a cabo por niños de tercera cultura, al priorizar el encajar en un nuevo ambiente social, por encima de la expresión de la propia individualidad. Es así que surge nuevamente la importancia del rol cumplido por el sistema familiar, como red de sostén y apoyo ante los cambios atravesados, y como punto de referencia con respecto a las experiencias, los valores y la personalidad del sujeto, más allá del nuevo contexto al que se busque adaptar.

Es evidente que el desarrollo de la conducta de apego debe ser entendido en el contexto en el que se desenvuelve; en el caso de los niños de tercera cultura, dicho contexto se ve altamente influenciado por un estilo de vida de alta movilidad, el cual implica cambios transculturales, modificaciones en la dinámica familiar, y pérdidas de diversas índoles, cuyos impactos pueden conllevar transformaciones en el estilo de apego desarrollado.

Como se mencionó anteriormente, incluso en jóvenes asentados en un único país luego de los traslados internacionales que marcaron sus infancias y adolescencias, hay ciertas características de los niños de tercera cultura que se mantienen en la adultez como legado de las experiencias vividas. Esto incluye en ocasiones la dificultad para mantener vínculos a largo plazo, la cautela al enfrentar la intimidad en nuevas relaciones, la ausencia de un sentimiento de pertenencia, e incluso la ambigüedad con respecto a la propia identidad y el sentido de sí mismo (Gilbert, 2008).

Entendiendo los desafíos que han de afrontar los niños de tercera cultura a lo largo de la vida, resulta pertinente destacar que, si el estilo de apego de estos sujetos puede ser transformado ante la amenaza percibida en el estilo de vida de alta movilidad, entonces el mismo puede experimentar cambios de otro tipo, en pos de la mejora de la calidad de vida de estos individuos. Es decir, se debe explorar la posibilidad de implementar cambios en la manera de vincularse de los niños de tercera cultura, a partir de intervenciones psicológicas desde un abordaje integrativo, aplicado al contexto particular de esta población en pos de tratar aquellos comportamientos interpersonales y de apego que resultan desadaptativos en sus

vidas actuales.

Como ya se estableció, las pérdidas que atraviesan los niños de tercera cultura pueden representar “interacciones tempranas profundamente traumáticas” que “afectarían de manera importante el desarrollo general de la persona y la manera en que se vincula” (Sandí, 2019, p.33). Esto se puede ver, por ejemplo, en los participantes del estudio de la Universidad de Indiana que refirieron patrones de aislarse de sus pares y vacilación al establecer lazos de intimidad con otras personas (Gilbert, 2008). Como ante cualquier obstáculo que genera un malestar subjetivo significativo en un individuo, la psicoterapia puede cumplir el rol de promover la generación de cambios en pos de la mejora de la calidad de vida del sujeto. Es por esto que, ante problemas vinculares como los enfrentados por múltiples niños de tercera cultura, el presente trabajo propone la intervención psicoterapéutica que “conlleva inevitablemente la activación del sistema de apego”, en pos de evaluarlo y, de ser necesario, promover cambios en la manera de relacionarse de los individuos (Galán Rodríguez, 2020, p.66). Esta propuesta se basa en el entendimiento de un apego moldeable y modificable, como ya se ha establecido a lo largo de la tesis.

A partir de lo investigado, el presente trabajo plantea posibles abordajes terapéuticos de la población estudiada desde el modelo integrativo, el cual provee principios que guíen las intervenciones psicoterapéuticas, buscando factores comunes entre los distintos modelos de la psicología clínica, con el propósito de minimizar las limitaciones de cada enfoque y potenciar los beneficios obtenidos de la psicoterapia. En cierta medida, “el apego es ineludible en la relación terapéutica, en la medida que sentirse vulnerable, necesitar protección y requerir ayuda de un congénere más capaz, definen al paciente que acude a consulta” (Galán Rodríguez, 2020, p.67). Desde esta perspectiva, se caracteriza como una relación de apego de acuerdo a la propia definición de Bowlby (1973). Nuevas investigaciones se orientan hacia la consideración del apego en el consultorio, priorizando la búsqueda de “recomendaciones para la práctica clínica basadas en los últimos avances procedentes de la investigación” (Benlloch Bueno, 2020, p.169). Hay diversos aportes al respecto, postulando la noción de “convertir el proceso de psicoterapia en el compañero estable y comprensivo que facilite la configuración de un self más sano y posibilite la experiencia de relaciones afectivas más maduras y satisfactorias” (Sandí, 2019, p.33). De esta manera, se indaga sobre un tratamiento que actúe sobre la construcción y el mantenimiento de vínculos, así como la concepción del sujeto de uno mismo dentro de dichas relaciones.

Al considerar la teoría del apego como un pilar psicoterapéutico dentro del ámbito de la clínica, se tiene en cuenta en primer lugar “el establecimiento del profesional como una base segura desde la cual su paciente explora su mundo interior y a la cual regresa en busca de refugio y consuelo” (Benlloch Bueno, 2020, p.170). Es decir, se propone que el psicoterapeuta ocupe el lugar de una nueva figura de apego para el paciente, brindando de esta manera protección ante el peligro que pueda ser interpretado en las relaciones vinculares. Así, el

consultorio y el proceso terapéutico ofrecen nuevas experiencias vinculares gratificantes, que en ocasiones pueden resultar contrastantes a los lazos afectivos primarios, en un intento de proveer evidencia empírica al individuo en pos de la redefinición de la conducta de apego.

Además del rol del psicoterapeuta como figura de apego, se hace énfasis en una buena alianza terapéutica, la cual “ofrece la oportunidad al paciente de experimentar una nueva forma de relación correctiva y de explorar su pasado en un contexto seguro y vinculado a su terapeuta, en quien confía” (Benlloch Bueno, 2020, p.170). La alianza terapéutica es el principal factor común entre los distintos modelos psicoterapéuticos, y es reconocida por el modelo integrativo como el potencial motor de cambio en la psicoterapia (Fernández Álvarez, 1992). Al trabajar con la teoría del apego en el proceso psicoterapéutico, se propone una extrapolación de la relación diádica de apego, donde se trabaja en base al vínculo entre paciente y terapeuta, con el propósito de afrontar las dificultades vinculares, tales como la intimidad y la vulnerabilidad, experiencias que fueron referidas como problemáticas según los niños de tercera cultura entrevistados (Gilbert, 2008).

Una manera posible de trabajar el apego en terapia se basa, por un lado, en “reconocer, modificar e integrar modelos operativos internos de uno mismo y de los otros”, y por otro lado, “promover el pensamiento reflexivo” (Sandí, 2019, p.41). Este enfoque terapéutico aborda las incongruencias entre los modelos internos del sujeto y la realidad que debe afrontar, en pos de adecuar las inconsistencias de una manera adaptativa que beneficie al individuo. En los niños de tercera cultura, este enfoque podría incentivar la retrospectiva a experiencias pasadas de pérdida ante cada mudanza, así como también fomentar la construcción de una imagen de uno mismo estable, redefiniendo experiencias de minusvalía o de no pertenecer, así como posibles tendencias a la sobreadaptación que generan disonancias cognitivas. Para lograr los objetivos terapéuticos desde este enfoque, se postula una diversidad de sugerencias desde donde puntualizar la intervención, incluyendo “crear una base segura que facilite al usuario explorar los aspectos dolorosos e infelices de su vida”, así como “ayudarlo a examinar cómo interpreta la conducta de los demás” y explorar “cómo instaura relaciones con personas significativas en la vida actual” (Sandí, 2019, p.41). Estos puntos a trabajar permitirían un abordaje terapéutico en niños de tercera cultura donde se provee la estabilidad faltante que permita la elaboración de posibles puntos de malestar que reaparecen en cada traslado o que se activan ante la formación de un nuevo vínculo, como pasa con aquellos adultos ya asentados en un único lugar. Así, la relación terapéutica se destaca como un factor común desde el modelo integrativo, que es capaz de proporcionar la estabilidad necesaria para que el sujeto se sienta seguro al revisar sus experiencias, elaborar las pérdidas atravesadas, trabajar sus dificultades vinculares y construir la propia identidad, la cual es potencialmente desafiada con cada proceso migratorio, al recibir nueva información del entorno que difiere de los modelos internos establecidos.

En el abordaje de niños de tercera cultura, es imprescindible comprender el contexto

cambiante y la inestabilidad del ambiente en los cuales se forman las relaciones de los individuos a lo largo de sus infancias y adolescencias, así como las pérdidas recurrentes que deben enfrentar en sus relaciones interpersonales. Es así que se propone establecer la conducta de apego como uno de los pilares del proceso psicoterapéutico de esta población, brindando un vínculo con una figura de apego estable y segura, a través del cual se busque “superar las dificultades y vulnerabilidades a las que se enfrentan las personas” y ofreciendo “nuevas experiencias relacionales que generen un cambio positivo y que aumenten las posibilidades de éxito terapéutico” (Benlloch Bueno, 2020, p.170).

En resumen, a partir de los resultados de la revisión bibliográfica, se discuten implicancias para la psicoterapia integrativa, con un foco en los aportes del modelo desarrollado por Fernández Álvarez, aplicable a esta población de pacientes. Se hace énfasis sobre la concepción de factores comunes transteóricos a los distintos modelos de la psicología, en pos de proponer la teoría del apego como un pilar fundamental a sostener en el abordaje psicoterapéutico llevado a cabo con niños de tercera cultura. Así, se sostiene la importancia de la alianza terapéutica entre paciente y terapeuta, quien cumple una función de figura de apego segura y estable, en pos de fomentar un trabajo interpersonal en donde se puedan revisar experiencias pasadas y posibles problemas vinculares con respecto al apego del sujeto. De esta manera, se promueve una psicoterapia integrativa desde la cual se incentive la generación de cambios en pos de una mejora en la calidad de vida del sujeto. En el caso de los niños de tercera cultura, el proceso psicoterapéutico puede acompañar en la metabolización de diversas experiencias referentes al estilo de vida de alta movilidad, tales como la elaboración de pérdidas, la construcción de una imagen auténtica de sí mismo, el sentimiento de pertenencia, la construcción de un hogar, entre otros.

5. Conclusiones

A lo largo de la tesina, se indagó en la literatura científico académica disponible con respecto al psiquismo de los niños de tercera cultura, en pos de comprender en mayor profundidad las particularidades conllevadas en el desarrollo de la conducta de apego en esta población. A partir de esto, se exploró la conducta de apego de los niños de tercera cultura, teniendo en cuenta diversos factores, tales como el rol de la dinámica familiar, el estilo de vida de alta movilidad, las pérdidas que se deben atravesar en el proceso migratorio, las reacciones emocionales e interpersonales que adoptan los niños de tercera cultura ante la adaptación a nuevos entornos, entre otros.

Se considera que la temática investigada es relevante en un mundo contemporáneo donde las migraciones van en aumento, ya que los resultados de la revisión podrán profundizar la comprensión de la situación que atraviesan millones de niños, adolescentes y adultos en la actualidad. Mediante la elaboración de la tesina, surgen nuevos interrogantes que se postulan como preguntas de investigación a desarrollar en trabajos futuros, tales como: ¿cuál es el estilo de apego prevalente en los niños de tercera cultura? ¿Cómo se ven los distintos estilos de apego de los niños de tercera cultura en el proceso psicoterapéutico, y cuáles son sus respectivos pronósticos de adherencia al tratamiento? La diferencia cultural entre paciente y terapeuta, ¿afecta de alguna manera la formación del vínculo y el proceso psicoterapéutico? ¿Es más prolongado el proceso de establecimiento de la alianza terapéutica, debido a la vacilación descrita al construir nuevos vínculos? ¿De qué manera afecta el estilo de apego del terapeuta a los niños de tercera cultura dentro de la relación terapéutica? Y finalmente, ¿cómo enfrentan los niños de tercera cultura una posible pérdida de la figura de apego del terapeuta ante la interrupción o el abandono del tratamiento, y puede dicha experiencia llevarlos a abstenerse de iniciar un proceso psicoterapéutico futuro?

Teniendo en consideración todo lo desarrollado, se plantean múltiples posibilidades y factores a tener en cuenta en un adecuado tratamiento psicológico de los desafíos particulares que enfrentan los niños de tercera cultura, desde la perspectiva del modelo integrativo. Así, la tesina atañe tanto a la población de migrantes y niños de tercera cultura, como también resulta relevante para los desarrollos teóricos de la psicología, al plantear la singularidad de una población compleja, en pos de aplicar el tratamiento psicoterapéutico a sus circunstancias ambientales, culturales y personales determinadas.

6. Referencias bibliográficas

- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E., & Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: A study of the strange situation*. Hillsdale, Nj: Lawrence Erlbaum.
- Barringer, C. F. (2000). Counseling Third Culture Kids. [Asesorando a niños de tercera cultura]. (Traducción propia). Annual Conference of the American Counseling Association. The College of New Jersey.
- Benloch Bueno, S. (2020). Teoría del apego en la práctica clínica: Revisión teórica y recomendaciones. *Revista de Psicoterapia*, 31(116), 169-189. <https://doi.org/10.33898/rdp.v31i116.348>.
- Bonebright, D. (2010) Adult third culture kids: HRD challenges and opportunities. [Niños de tercera cultura adultos: Desafíos de recursos humanos y oportunidades]. (Traducción propia). *Human Resource Development International*, 13:3, 351-359, DOI: 10.1080/13678861003746822.
- Bowlby, J. (1985). *La separación afectiva*. Barcelona: Paidós.
- Bowlby, J. (1986). *Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Ediciones Morata.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss*. Nueva York: Basic Books.
- Casullo, M. M., & Fernández Liporace, M. (2005). Evaluación de los estilos de apego en adultos. *Anuario de investigaciones*, 12, 183-192.
- Coronel Berrios, F. H. (2004). Efectos de la migración en el proceso de aprendizaje-enseñanza y su tratamiento desde la escuela. *Integra Educativa*, 1, 57-77.

- Dávila, Y. (2015). La influencia de la familia en el desarrollo del apego. *Revista Anales*, 57.
- Doherty, L., Lieu, J., Aledeh, M., Edwards, A. M., & Kotera, Y. (2023). Examining the Impact of a Third Culture Kid Upbringing: Wellbeing, Attachment and Ethnic Identity Strength in Adult Third Culture Kids. *Journal of Research in International Education*, 22(2), 164-180.
- Estrada, L. (1993). *El ciclo vital de la familia*. México: Posada.
- Feeney, J., & Noller, P. (2001). *Apego adulto*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Fernández Álvarez, H. (1992). *Fundamentos de un modelo integrativo en psicoterapia*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández Álvarez, H. (2020). La psicoterapia en su laberinto. *Revista de Psicoterapia*, 31(116), 5-27. DOI: <https://doi.org/10.33898/rdp.v31i116.405>
- Fernández Álvarez, H. (2011). *Paisajes de la psicoterapia: Modelos, aplicaciones y procedimientos*. Buenos Aires: Editorial Polemos.
- Galán Rodríguez, A. (2016). La teoría del apego: confusiones, delimitaciones conceptuales y desafíos. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 36(129), 45-61. DOI: 10.4321/S0211-57352016000100004.
- Galán Rodríguez, A. (2020). ¿En qué mejora la Teoría del Apego nuestra práctica clínica? Es hora de recapitular. *Papeles del Psicólogo*, 41(1), 66-73. DOI: <https://dx.doi.org/10.23923/pap.psicol2020.2917>
- Gilbert, K. R. (2008). Loss and grief between and among cultures: The experience of third culture kids. *Illness, crisis & loss*, 16(2), 93-109.

- Hill Useem, R. & Baker Cottrell, A. (1996). Adult Third Culture Kids. En Carolyn D Smith (Ed), *Strangers at Home: Essays on the Effects of Living Overseas and Coming 'Home' to a Strange Land*. [Extraños en casa: Ensayos de los efectos de vivir en el extranjero y volver a 'casa en una tierra extraña]. (Traducción propia). Aletheia Publications. (Pp.22-35).
- Hoersting, C. R. (2009). No place to call home: Cultural homelessness, self-esteem and cross-cultural identities. [Sin un lugar al que llamar hogar: Sin hogar cultural, autoestima e identidades transculturales]. (Traducción propia). University of North Texas.
- Kimelman, M. (2019). Apego normal, apego patológico y psicosis. *Revista chilena de neuro-psiquiatría*, 57(1), 43-51.
- Lecannelier, F. (2018). La Teoría del Apego: una mirada actualizada y la propuesta de nuevos caminos de exploración. *Aperturas Psicoanalíticas*, 58 (18), 1-28.
- Lijadi, A. & Schalkwyk, G. J. (2017). Place identity construction of Third Culture Kids: Eliciting voices of children with high mobility lifestyle. [La construcción de la identidad de lugar de los niños de tercera cultura: Voces de niños con un estilo de vida de gran movilidad]. (Traducción propia). *Geoforum*, 81, 120-128, DOI <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2017.02.015>.
- López-Pozos, C. (2019). El costo emocional de la separación en niños migrantes: Un estudio de caso de migración familiar entre Tlaxcala y California. *Agricultura, sociedad y desarrollo*, 6(1), 81-103.
- Martínez-Komsthöft, G. E. (2021). Ansiedad en niños y adolescentes, hijos de emigrantes del Ecuador. *Revista Profundidad Psicológica*, 1, 1-11.

- Moneta, M. E. (2014). Apego y pérdida: redescubriendo a John Bowlby. *Revista Chilena de pediatría*, 85 (3), 265-268. DOI: <http://dx.doi.org/10.4067/S0370-41062014000300001>.
- Muchnik, E., & Seidmann, S. (2004). *Aislamiento y soledad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Neufeld, C. B. (2019). Psicoterapia integrativa: historia, presupuestos y futuro: Entrevista con Héctor Fernández-Álvarez. *Revista Brasileira de Terapias Cognitivas*, 15(2), 156-163. <https://dx.doi.org/10.5935/1808-5687.20190022>.
- Oliva Delgado, A. (2004). Estado actual de la teoría del apego. *Revista de Psiquiatría y Psicología del Niño y del Adolescente*, 2004, 4 (1); 65-81.
- Ooi, Y. P., Reed, M., Marchal-Jones, E., Meyer, A. H., & Gaab, J. (2022). Sociocultural Adjustment and Well-being Among Third Culture Kids and Their Families: Protocol for a Longitudinal Study. *JMIR Research Protocols*, 11(7), e30088.
- Organización Internacional para las Migraciones. (2022). Informe sobre las migraciones en el mundo 2022. ONU Migración.
- Organización Mundial de la Salud (1986). Lifestyles and Health. *Social Science and Medicine*, 22(2).
- Pierucci, N. A., & Luna, B. K. P. (2003). Relación entre estilos parentales, estilos de apego y bienestar psicológico. *Psicología y salud*, 13(2), 215-225.
- Prochaska J. M. & Prochaska J. O. (2001). ¿Por qué no se mueven los continentes? ¿Por qué no cambian las personas? *Revista de psicoterapia*, 12(46-47), 17-36.

- Richaud de Minzi, M. C., Sacchi, C., & Moreno, J. E. (2009). Un modelo integrativo de los procesos psicológicos del desarrollo socio-emocional en la infancia media y tardía. En M. C. Richaud y J. E. Moreno (Eds.), *Investigación en Ciencias del Comportamiento. Avances Iberoamericanos*, 1, 299-314. Ediciones CIIPME-CONICET.
- Sandí, M. A. (2019). Intervenciones psicoterapéuticas basadas en la teoría del apego. *Revista Cúpula*, 33(1), 33-53.
- Sarro, N. (2008). *La complejidad de los fenómenos migratorios y su incidencia sobre la subjetividad del migrante* [Tesis de grado, Universidad de Belgrano. <http://repositorio.edu.edu.ar:8080/xmlui/handle/123456789/220>
- Schaetti, B.F. & Ramsey, S.J. (1999). *The Global Nomad experience living in liminality*. [La experiencia de nómada global viviendo en liminalidad]. (Traducción propia). Disponible en: <http://www.transition-dynamics.com/liminality.html>
- Schaetti, B. F. (2002). Attachment theory: A view into the global nomad experience. In M. G. Ender (Ed.), *Military brats and other global nomads: Growing up in organization families* (pp. 103-119). Westport, CT: Praeger Publishers.
- Segal, H. (1992). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Soto Pincheira, D. & Bámaca-López, E. (2023). La ética en la ciencia ambiental y sus desafíos. *Filosofía y ciencia: Reflexiones contemporáneas*, 126-141, ISBN: 978-65-265-0638-7.
- Spitz, R. A. (1972). *El primer año de vida del niño*. Madrid: Aguilar.
- Velázquez, L. E. T., Luna, A. G. R., Silva, P. O., & Garduño, A. G. (2015). Dinámica familiar: formación de identidad e integración sociocultural. *Enseñanza e investigación en*

psicología, 20(1), 48-55.

Viñas-Velázquez, B. M., Zermeño-Piñera, M. E., & Islas-Limón, J. Y. (2022). *Aperturas Psicoanalíticas*, 69(3), 1-20.

Winnicott, D. (1998). *Los bebés y sus madres*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Wolfert, A. (1983). *Helping children cope with grief*. Bristol, PA: Accelerated Development.

Zimmerman, P. & Becker-Stoll, F. (2002). Stability of attachment representations during adolescence: The influence of ego-identity status. [Estabilidad de las representaciones de apego durante la adolescencia: La influencia del estatus identitario yoico]. (Traducción propia). *Journal of Adolescence*, 25 (1), 107-124, DOI <https://doi.org/10.1006/jado.2001.0452>.